

DECIDIDA LA OCUPACION DE LAS MINAS

En el horizonte se perfilan graves e importantes conflictos sociales, que, ni duda cabe adquirirán características políticas. Por otro lado, la inestabilidad gubernamental se viene agravando porque los conspiradores uniformados no dan tregua a sus andanzas. Los empresarios privados, particularmente los mineros, han presionado poderosamente sobre el Ejecutivo, habiendo logrado una substancial modificación en las normas arancelarias, lo que ha molestado enormemente al Fondo Monetario Internacional (dice que esas variantes hacen peligrar su plan de devaluación de la moneda), habiendo, en respuesta, determinado la suspensión de los créditos hacia Bolivia. Vea Murguía machaca todos los días que no habrán inversionistas si no hay estabilidad política y social. Banzer (cáncer) está a punto de ser declarado "persona no grata" por los Estados Unidos, no en vano peregrina por los cuarteles para pedir tregua a los conspiradores y preparar, en caso necesario, su reemplazo por otros gorilas. Mientras los obreros se movilizan, por el lado fascista crece la amenaza de un golpe de Estado o de un autogolpe "salvador", que se piensa podría desorientar y desarmar a los explotados.

Estamos perfectamente informados de los planes gorilas contra el movimiento obrero y cumplimos un deber elemental al hacerlos públicos. Adett Zamora cree que a comienzos de este año es el momento oportuno para invadir militarmente las minas, porque según el gorila los agitadores no serían otros que los sobrevivientes de la masacre barrientista de septiembre de 1965. Ahora, como antes, sólo una poderosa movilización y la granítica unidad pueden evitar la consumación de la masacre, que tan cuidadosamente se ha venido preparando.

La movilización revolucionaria tiene que enarbolar como una de sus banderas la defensa de las minas y de las fábricas, la enérgica y viril oposición a la proyectada invasión militar a los centros obreros.

El gobierno ha fracasado en su intento de impresionar a la opinión pública con su fraguado plan "Loto-rojo" y las medidas represivas chocan con el repudio de la opinión pública, que da muestras de su cansancio ante la persistencia de la barbarie.

La invasión a las minas buscaría desinflar los futuros conflictos sociales y acabar con la arremetida obrera, ahogándola en sangre. Está en juego el futuro mismo de la revolución y por eso hay que salvar a las minas de las garras fascistas.

Partido Obrero Revolucionario



Febrero de 1973

Nº

4

2

3

MASAS

NOTICULA SOBRE VALLEJO

El descomunal poeta César Vallejo (por esto mismo un revolucionario en toda la acepción del término) realizó tres viajes a Rusia (1928, 1929 y 1931). Hasta ahora sólo se conocía "Rusia 1931", producto de los dos primeros viajes, en cuyas páginas aparece, de tarde en tarde, la punzante observación de esa rica sensibilidad que era Vallejo y de su mentalidad independiente. No sólo hay críticas a la burocracia, sino hasta citas de Trotsky.

Nos parece que "Rusia ante el 2º plan quinquenal", resultado del tercer viaje, apareció recién en 1965 ("Editorial Gráfica Labor", Lima), pues en una nota editorial se sostiene que el editor español se negó a publicarlo.

Se trata de una especie de reportaje periodístico al país de los soviets, tocando aspectos menores y hasta puerilidades, a fin de que pudiese ser leído por el grueso de los lectores y seguramente por esto creyó de su deber realizar una actividad puramente propagandística. Este puede ser un justificativo, aunque no impide que sea un libro calamitoso. El tono es sorprendente si se lo compara con su anterior libro sobre la URSS o acaso se trate de una especie de rectificación radical a sus agudas críticas de "Rusia 1931".

Estamos ante un Vallejo desconocido, que, muy suelto de cuerpo, sostiene el advenimiento del socialismo en la URSS, la disminución del poder coercitivo del Estado, la no existencia de la burocracia, el imperio de la igualdad, etc. etc.

"M A S A S"

Tenemos pocos ejemplares de un volumen empastado y que contiene del N° 400 al 422 inclusive de "Masas". Se trata de una documentación sumamente valiosa y agotada. Enviamos a los lectores que nos soliciten por carta.

AUMENTO DE SALARIOS

¡VIVA EL FRA!

MALESTAR EN LA UNIVERSIDAD

Por R. Romero

Como no podía ser de otra manera, la Universidad anda de mal en peor. Tomemos un ejemplo: "Presencia" escribe sobre la Universidad cochabambina: "A partir de hoy, fueron cerradas todas las puertas de la Universidad en vista de que la planta administrativa declaró suspensión de actividades como emergencia de no haber sido pagados los haberes ni aguinaldos.

"En la planta de profesores existe intranquilidad por no haber recibido todavía los respectivos nombramientos. Todos fueron invitados verbalmente, sin que hasta ahora se conozcan sus categorías ni sueldos.

"Se informó que las autoridades y decanos fueron pagados y que una parte de catedráticos fueron convocados para abonárseles el ochenta por ciento de haberes".

Como se vé solo recibieron sueldos los que se entregaron al régimen fascista (altas autoridades y decanos), y solo "algunos" catedráticos, los sirvientes y agentes del gobierno gorila-movi-falangista. Solo ellos tienen derecho a percibir haberes. Seguro que el CNES (clan fascista dirigido por Banzer) espera que los demás docentes juren al MNR o FSB para poder pagarles sus sueldos, caso contrario deberán abandonar sus cargos.

Que el personal administrativo suspenda actividades significa que el movimiento obrero también cobra fuerza dentro de las Universidades y reclama sus derechos.

Por otra parte, en la Universidad de San Andrés de La Paz, el fascista Luis Felipe Hartmann afirmó a Presencia (23-XII-72): "Todo está solucionado ahora, con relación al problema que se produjo por la amenaza de renuncia de algunos catedráticos como emergencia, según se informó, de los exiguos honorarios fijados por la dirección administrativa de esa casa superior de estudios.

"Hartmann explicó que todo se debió a un error de planilla; donde no se consignaron las horas de trabajo efectivas de los docentes, de suerte que aparecía una suma muy inferior pagable a la verdaderamente ganada.

"Al enmendarse tal error, reiteró el rector, ya no existe problema alguno, no hay catedráticos renunciando, concluyó asegurando el rector de la UMSA".

Como se podrá ver, la desorganización en la Universidad Boliviana es atroz. Los del CNES (Banzer, Tejada Velasco, Siles Salinas, etc.), solo se preocupan de beneficiarse en la forma más rápida posible, llegando inclusive a olvidarse de los sueldos de los catedráticos, que todo

(Al frente)

MARX SOBRE BOLIVAR

Carlos Marx escribió para la "New American Cyclopedia", en 1858, un esbozo biográfico de "Bolívar y Ponte", de no más de 6.000 palabras. La suerte que ha tenido este escrito no deja de ser curiosa. Se trata de una pieza muy poco conocida, pese a la gran difusión que se ha dado a la obra Marx y de Engels. Aníbal Ponce (ver "Dialéctica" de Buenos Aires) presentó su texto como una de las más grandes novedades y dijo haberlo descubierto en el Instituto Marx, Engels, Lenin de Moscú. Su lectura resultó urticante en extremo para ciertos "marxistas" vivamente interesados en impresionar bien a la burguesía nacional, en ganar su confianza, para así empujarlas hacia el socialismo. Marx, violentando el subjetivismo de estos "teóricos", aparecía como un severo e injusto crítico de Bolívar.

Párrafos de esta pequeña biografía han sido generosamente difundidos por los organismos de propaganda de los Estados Unidos, así se buscaba ahondar la fisura, en ningún momento del todo cerrada, existente entre nacionalistas y marxistas. Claro que estas citas amañadas desdibujan el verdadero pensamiento de Marx.

En los escritos sobre España y traducidos por Andrés Nin, no se incluye el artículo de la enciclopedia y tampoco en la edición rusa de "La revolución española". Por estos antecedentes no deja de ser sorprendente que lo haga el volumen editado por Ariel y cuya tercera edición ha aparecido en 1970. Se percibe que el compilador

ha querido incluir todo lo escrito por Marx y Engels sobre España.

Lo primero que debemos plantearnos es la finalidad que Marx buscaba al redactar el esbozo biográfico que comentamos. El objetivo sólo podía ser informativo y lo más apegado a los hechos y documentos conocidos en ese entonces, no en vano estaba destinado a una enciclopedia. En este sentido, se puede decir que es una página poco marxista, pues no se perciben en ella ni el análisis de las fuerzas sociales que protagonizaron las luchas de la independencia latinoamericana, ni las tendencias que se agitaban potentes y ruidosas en su seno y, mucho menos, la valoración crítica de los aportes, desde todos los ángulos de Bolívar.

Se trata más del relato cronológico de las actuaciones del guerrero, que de lo que hizo el político o el estadista. Parecería que Marx quiso poner de relieve la participación de Bolívar en las campañas bélicas de la emancipación y debidamente pasó por alto el definir qué intereses de clase encarnaba. Se puede decir que aquí se encuentran las limitaciones del esbozo biográfico: sólo toma en cuenta una faceta de la personalidad de Simón Bolívar.

Bolívar en su época fue una figura mucho más controvertida que ahora. Se lo combatió sanamente en el plano político y se puso en duda su capacidad militar. El tiempo ha hecho justicia a Bolívar. Marx ofrece, al pie de su esbozo biográfico, una bibliografía por demás sucinta: La "Histoire de Bolívar" del general Ducoudrey-Holstein, Paris, 1831, y las "Memorias del general Miller al servicio de la república del Perú", Londres, 1819. No conocemos el primer libro, pero sí el segundo, en la traducción española hecha por el general Torrijos. Miller no oculta su admiración por Bolívar, aunque en su libro se pueden encontrar datos acerca de las innumerables derrotas militares que sufrió. En el volumen II, página 138, sostiene "que en la opinión de los realistas, Bolívar era considerado muy inferior en capacidad militar a San Martín". Pero, ni duda cabe que fue el arquitecto de la victoria de Junín, por ejemplo (págs. 137 y ss.). No olvidemos que Junín vino después de numerosas y fáciles victorias de los realistas sobre las fuerzas patriotas.

Bolívar, Marx, Miller y casi todos los historiadores están de acuerdo, porque resulta imposible negar, en señalar, la decisiva cooperación de los contingentes y de los estrategas internacionales, que en su mayor parte eran hombres de avanzada, unidos por la idea de que la emancipación del continente americano era en sí un paso progresista. Cuando Marx dice "La campaña, que terminó con la incorporación de Quito, Pasto y Guayaquil a Colombia, fue nominalmente dirigida por Bolívar y el general Sucre, pero las escasas victorias conseguidas por el ejército fueron totalmente obra de los oficiales británicos, como

MALESTAR...

(Del frente)

arrepentidos piensan renunciar después de recibir nombramientos a dedo. Esto a un mismo tiempo demuestra que los dineros que extraen de la magra economía de los estudiantes, no alcanzan para satisfacer la ambición de los fascistas al servicio de los gorilas-movi-falangistas y por esto recurren a los sueldos de los catedráticos, sin importarles el trabajo que dice realizan éstos en una Universidad avasallada por el FASCISMO donde impera el DEORDEN, la DELACION, y el MATONAJE. Lo anterior es una demostración de que la "reforma educativa" hizo para poder robar sin control como en los tiempos de Terrazas Torres (que era principiante en comparación a los capos de hoy) antes de la Revolución Universitaria de 1970.

También esto deja ver que "los extremistas rojos, comunistas, perturbadores del orden y la paz social, manejaban la Universidad en forma correcta y honrada, sin "olvidarse" de colocar en planillas los respectivos sueldos de docentes y empleados.

el coronel Sands", olvida o no toma en cuenta, que necesariamente ha debido ser una fuerte personalidad, representando intereses sociales de peso, para poder imponerse en medio de luchas de fracción y en un mundo convulsionado, en el que la suerte de la guerra se modificaba todos los días. Hay una otra cuestión: la legión extranjera se subordinó a Bolívar y fue acaudillada por él, lo que está revelando una identidad de propósitos entre los llegados de otras latitudes y el caudillo criollo, al que no le discutieron su autoridad.

Bolívar valoró en sus verdaderos alcances la contribución de los hombres europeos de avanzada que se sumaron a la lucha revolucionaria de los latinoamericanos:

"Somos deudores de estas importantes ventajas a la liberalidad sin límites de algunos extranjeros generosos, que oyendo los gemidos de la humanidad afligida, y viendo peligrar la causa de la libertad, de la razón y de la justicia, no pudieron permanecer indiferentes, y volaron a nuestro socorro con su magnánima ayuda y protección, y suministraron a la república cuántos recursos eran necesarios para hacer florecer sus filantrópicos principios. Aquellos amigos de la humanidad son los guardianes de la integridad de la América, y a ellos debemos una eterna gratitud, así como el religioso cumplimiento de las diferentes obligaciones que hemos contraído con ellos" (discurso en el Congreso de Angostura, febrero de 1819).

Entre los extranjeros que participaron en las luchas revolucionarias, gozaron de mayor confianza los ingleses y Miller dice "siempre ha tenido consigo en su Estado Mayor una porción de ingleses" (O'Leary, Ferguson, Belford Wilson, Miller, etc.).

El estudio de la campaña militar desarrollada por Bolívar puede, evidentemente, mostrar muchas deficiencias, lo que permitiría poner en duda su genio militar, un tema en el que insisten los apologistas. Lo que la historia registra como un hecho definitivo es que fue el capitán que comandó a las huestes que derrotaron al ejército español, una parte del cual había luchado exitosamente contra Napoleón. Las fuerzas patriotas se estructuraron teniendo como base social a los sectores mayoritarios y oprimidos de la sociedad y lo hicieron porque la bandera enarbolada por Bolívar era una respuesta positiva a sus aspiraciones. Más que la pericia del estratega militar contó el programa político, que en sus líneas generales coincidía con las tendencias progresistas del desarrollo social de ese momento. La historia ha quedado marcada a fuego por la orientación política que representó Bolívar y no por sus aciertos o errores militares.

En el esbozo biográfico están subyacentes las ideas y la práctica políticas de Bolívar: "En este país (Bolivia), donde las bayonetas de Sucre eran omnipotentes, Bolívar manifestó plenamen-

te su propensión al poder arbitrario implantando el "Código Boliviano", imitación del Code Napoléon. Su plan consistía en trasplantar ese código de Bolivia al Perú a Colombia, dominar prácticamente aquellos estados con tropas colombianas y Colombia con la legión británica y tropas peruanas. Con una mezcla de violencia e intriga, Bolívar consiguió mantener su código en el Perú, al menos por algunas semanas... En el año 1827, del que data la decadencia de su poder, tuvo la idea de reunir en Panamá un Congreso cuya finalidad declarada era el establecimiento de un nuevo código internacional... Lo que realmente deseaba Bolívar era la integración de toda sudamérica en una república federal con él como dictador".

La Constitución faccionada por Bolívar ha jugado un rol de importancia en la lucha política que protagonizó y en sus trabajos encaminados a lograr la unidad americana.

Los doctores de Chuquisaca —personificación de la picardía criolla— no estaban seguros de que Bolívar fácilmente coadyuvase a consolidar la nueva república, pues sostenía que la suerte de las provincias del Alto Perú debía subordinarse a las decisiones que debía adoptar el congreso del Perú de 1826 e instruyó a Sucre trabajase en favor de la confederación con este país (ver Arguedas, "Obras Completas", Tomo II). Los "representantes" del pueblo destacaron una comisión ante Bolívar, en ese momento en el pináculo de su gloria y poder, para exponer sus razones debidamente condimentadas con zalamerías, según se dice en la primera historia que fue escrita en el país:

"El otro decreto era del Libertador dado en Arequipa el 16 del mismo (mayo de 1825, Ed.) disponiendo, que la determinación de la asamblea no recibiese ninguna sanción hasta que de nuevo se instale el congreso del Perú en el año 26, y que entre tanto las provincias del Alto Perú no tengan otro centro de autoridad que la de aquel gobierno.

"Grande fue la alarma que produjo la inesperada resolución del general Bolívar: no obstante, la asamblea declaró por unánime voto que las provincias del Alto Perú se erijan en Estado independiente de todas las naciones, tanto del viejo como del nuevo mundo. En seguida nombró una diputación de su seno compuesta de los señores doctores don Casimiro Olañeta, don José María Mendizabal y don Hilarión Fernández, para que encontrando al Libertador le hicieran presente: que ningún derecho tenía el Perú sobre estas provincias para sancionar o no sus determinaciones, porque si algunas veces la ocupó por la fuerza a nombre del Rey, había sido constantemente repelido por la misma fuerza, hasta haber sacudido en el año próximo pasado toda intervención suya en sus negocios. Que tanto el congreso de Buenos Aires como el Poder Ejecutivo de esa república, a la que por

ley y por actos voluntarios estuvieron unidas estas provincias, liberal y generosamente habían decretado quedasen en completa libertad para disponer de su suerte como les convenga. Que el ejército libertador no había tenido necesidad de quemar un solo cartucho en defensa de estos pueblos desde que cruzó el río Desaguadero; debiendo el Alto Perú a sus propios esfuerzos verse libre de enemigos.

"Se encargó también la comisión de presentarle al Libertador un decreto de la asamblea. Instruidos los diputados de que la gloria era el móvil de todas las acciones de Bolívar, procuraron inclinarlo a su favor lisonjeando ese vehemente y elevado deseo: decretaron que la república llevase el nombre de Bolívar; que en razón de la ilimitada confianza que tenían en el Libertador de Colombia y del Perú le reconocían por padre, Protector y Presidente de ella; que su retrato se colocase en todos los establecimientos públicos y que el día de su natalicio fuese de fiesta cívica en el país, lo que tendría efecto después de su vida" ("Apuntes para la historia de Bolivia" por unos patriotas).

Fueron también los bolivianos los que solicitaron a Bolívar otorgue al país una sabia constitución y éste dijo que sería la "más liberal del mundo".

El proyecto de constitución de Bolívar comprendía 152 artículos y estaba presidido de una disertación introductoria, donde se justifican sus fundamentos. Nos dice que se inspiró en la Constitución de Haití y en los antecedentes americanos: "El presidente de Bolivia participa de las facultades del Ejecutivo Americano, pero con restricciones favorables al pueblo. Su duración es la de los presidentes de Haití. Yo he tomado para Bolivia el ejecutivo de la república más democrática del mundo" (Al Congreso Constituyente de Bolivia, 1826). Su preocupación fundamental no fue otra que la de apartar a la nueva república de la tiranía y la anarquía. Dice que "el ilustre Petion" logró salvar a Haití de la "insurrección permanente". "Nombrado Petion presidente vitalicio con facultades para elegir el sucesor; ni la muerte de este grande hombre, ni la sucesión del nuevo presidente, han causado el menor peligro en el Estado: todo ha marchado bajo el digno Boyer, en la calma de un reino legítimo. Prueba triunfante de que un presidente vitalicio, con derecho a elegir el sucesor, es la inspiración más sublime en el orden republicano". En los artículos 76, 82 del título quinto, propone un presidente con tales características, añadiendo que no responderá de sus actos ante nadie: "El presidente de la república es el jefe de la administración del Estado, sin responsabilidad por los actos de dicha administración" (Art. 79).

Bolívar consideraba al presidente vitalicio como el punto culminante del "gobierno popular representativo" (Art. VI, título II), capaz de evitar la anarquía y las convulsiones interio-

res que en ese entonces sacudían a las jóvenes repúblicas, pero que estaba lejos de ser un tirano; puso mucho cuidado en cercenar muchas de sus atribuciones que después fueron consideradas inherentes a su cargo. "Dadme un punto fijo, decía un antiguo, y moveré el mundo. Para Bolivia, este punto es el presidente vitalicio. En él estriba todo nuestro orden, sin tener por esto acción. Se le ha cortado la cabeza para que nadie tema sus intenciones, y se le han ligado las masas para que a nadie dañe". En el Art. 83 se lee: "1. El presidente no podrá privar de su libertad a ningún boliviano, ni imponerle por sí pena alguna. 2. Cuando la seguridad de la república exija el arresto de uno o más ciudadanos, no podrá pasar de 48 horas sin poner al acusado a disposición del tribunal o juez competente. 3. No podrá privar a ningún individuo de su propiedad, sino en el caso que el interés público lo exija con urgencia; pero deberá preceder una justa indemnización al propietario. 4. No podrá impedir las elecciones ni las demás funciones que por las leyes competen a los poderes de la república. 5. No podrá ausentarse del territorio de la república, ni tampoco a la capital, sin permiso del cuerpo legislativo".

De lo anterior no debe deducirse que el presidente vitalicio era ficha decorativa, colocada de una vez por todas en el Placio, se trataba de un presidente fuerte, que designaba y destituía al vice-presidente y a los tres secretarios de su despacho; mandaba "en persona los ejércitos de la república en paz y guerra"; disponía "de la milicia nacional para la seguridad interior"; nombraba a todos los empleados del "ejército y marina", etc.

Dentro del esquema de la independencia e igualdad de los poderes del Estado, ideó un curioso Poder Legislativo de "tres cámaras, todo para evitar que se diluyese en las disputas internas y pudiese actuar como un eficaz control sobre el Ejecutivo. Se le ocurrió que el clásico sistema bicamaral de Inglaterra obedecía a la existencia de la nobleza y del pueblo y que, por eso mismo, no podía aplicarse a las nuevas repúblicas; le horrorizaba la idea de "dos cuerpos deliberantes" que no hacen más que combatir perpetuamente. La tercera cámara tenía la función específica de superar rápida e inapelablemente los impases. "El hecho es, que dos cuerpos deliberantes deben combatir perpetuamente; y por eso Sieyes no quería más que uno. Clásico absurdo".

El congreso constituyente sólo conoció una verdadera discusión que giró alrededor del problema religioso, después se limitó a aprobar el proyecto de Bolívar con insignificantes modificaciones terminológicas, que apenas si merecen ser tomadas en cuenta.

El Libertador en su mensaje sostuvo, colocándose en una posición sumamente avanzada para su época, que "en una Constitución Política no debe prescribirse una profesión religio-

sa... La religión es la ley de la conciencia. Toda ley sobre ella la anula, porque imponiendo la necesidad al deber, quita el mérito a la fe, que es la base de la región. Los preceptos y los dogmas sagrados son útiles y luminosos: de evidencia metafísica; todos debemos profesarlos, más este deber es moral, no político".

Esta tesis resultó demasado osada para los legisladores bolivianos y, según informa Arguedas, pese a la preguntuosa y altisonante argumentación de Olañeta, concluyeron reconociendo como "religión del Estado" a la "católica, apostólica y romana" y que ha ido copiándose en las constituciones posteriores. Se añadió al proyecto de Bolívar un título, el segundo, de un único artículo y titulado "de la religión" ("Colección Oficial", Tomo 1º, primer volumen, 1834).

La constitución propuesta por Bolívar, y, por tanto, la presidencia vitalicia no pueden juzgarse al margen de la idea de la unidad latinoamericana. El Libertador se apresuró en hacer aprobar con el congreso boliviano un tratado de confederación con Colombia y el Perú y agotó todos sus recursos para imponer a estos países su constitución. Acariciaba ser el presidente vitalicio de la confederación de por lo menos parte del continente. Las tendencias autonomistas, muchas de ellas asentadas en la explotación del trabajo servil de las masas campesinas y en la urgencia que tenía la aristocracia terrateniente de monopolizar el poder político local y convertirse en explotadora soberana, arremetieron contra la presidencia vitalicia, pues constituía el flanco más débil de la política boliviana. "Bolívar, cuya gloria llenaba la América, era demasiado grande para no llenarla de temor. La constitución que dio a Bolivia y que por fuerza hizo aceptar en Colombia, alarmó a todas las secciones del Sud. No se comprendió que el hombre que había desencadenado las pasiones en servicio de la libertad, temeroso de la anarquía que su genio le mostraba en el porvenir, quería comprimirlas, sacrificando la libertad misma al orden que, en su concepto, era la primera necesidad de las sociedades. Acusásele de querer restablecer la monarquía, y se le atribuyó una ambición tan desmedida, como había sido grande su entusiasmo por la libertad." (Cortés, "Ensayo sobre la Historia de Bolivia", 1861). La reacción antibolivariana alcanzó dimensiones continentales. La prensa de Buenos Aires atacó "furiosamente la política del Libertador". A la campaña periodista siguieron las sublevaciones y "Bolivia no podía preservarse del espíritu que agitaba a las demás repúblicas, y temió como ellas el poder inmenso de Bolívar... La constitución había hecho vitalicio e inviolable al presidente, lo que con razón se miró como contrario a los principios democráticos" (Cortés). La ola nacionalista pedía la expulsión de las tropas colombianas. Gamarra invade Bolivia buscando libertar a ese país de la opresión de Bolívar y Sucre. El ajuste de Piquiza estableció el retiro

de las fuerzas colombianas y la modificación de la constitución vitalicia. Bolívar fue derrotado en los países que se confederaron bajo su patrocinio. Con todo, sería absurdo decir que estos acontecimientos importaron la victoria de la democracia y de las tendencias revolucionarias, ocurrió todo lo contrario.

"A las dos de la madrugada, cuando Miranda dormía profundamente, Casas, Peña y Bolívar entraron en su habitación, se apoderaron cautamente de su pistola y su espada y le despertaron, ordenándole violentamente que se levantara y vistiera; lo encadenaron y lo entregaron a Monteverde, el cual a su vez lo envió a Cádiz, donde murió en cautiverio al cabo de algunos años. Este acto, cometido con el pretexto de que Miranda había traicionado el país con la capitulación de Victoria, valió a Bolívar el especial favor de Monteverde, de tal modo que cuando aquel pidió pasaporte Monteverde declaró que "la solicitud del coronel Bolívar debe ser satisfecha en atención a sus servicios prestados al rey de España con la entrega de Miranda", escribió Marx. Lo que hizo fue seguir el relato de Sucre sobre la vida de Bolívar que se incluye en las memorias de Miller. Marx nunca creyó (Miller dice que Bolívar en este punto estaba equivocado) en la traición de Miranda y por eso se horroriza por la conducta del Libertador. Monteverde dijo las palabras que se han transcrito, pero Bolívar respondió que la entrega de Miranda fue el castigo de su traición y en ningún caso un servicio prestado al rey de España.

Marx se refiere a las disputas de Bolívar con Piar y al fusilamiento de este último. Parece ni ignorar que en Venezuela, en los primeros años de la guerra de la independencia, hubieron caudillos que encabezaron la rebelión de las masas populares, inclusive contra los mantuanos, lo que explicaría la actitud desdeñosa de Marx hacia su biografiado.

Piar fue sañudamente perseguido por Bolívar y éste ha dado suficientes pruebas de que su temor (esto también indica Juan Bosch en su "Bolívar y la guerra civil") era, en último término, que el joven caudillo pudiese reeditar las correrías de Boves y Monteverde, que levantaron a los llaneros, esclavos y negros con la aristocracia terrateniente. Fusilando a este jefe creyó acabar con "la guerra de colores".

Muchas de las vicisitudes de la carrera de Bolívar pueden esclarecerse refiriéndose a la actitud que tomó esa masa superexplotada de Venezuela con referencia a los mantuanos.

La rebelión elemental de Boves y otros caudillos semejantes desembocó, de modo indirecto, apuntalando a las fuerzas españolas no encontró su verdadera dirección revolucionaria. Sería un error decir que se trataban de simples realistas y la prueba la tenemos en que el sucesor de Boves fue instruido para no reconocer ninguna autoridad sobre él. (Al frente)

LOS ESTADOS UNIDOS SOCIALISTAS DE AMERICA LATINA

LAS IDEAS DE BERNARDO MONTEAGUDO

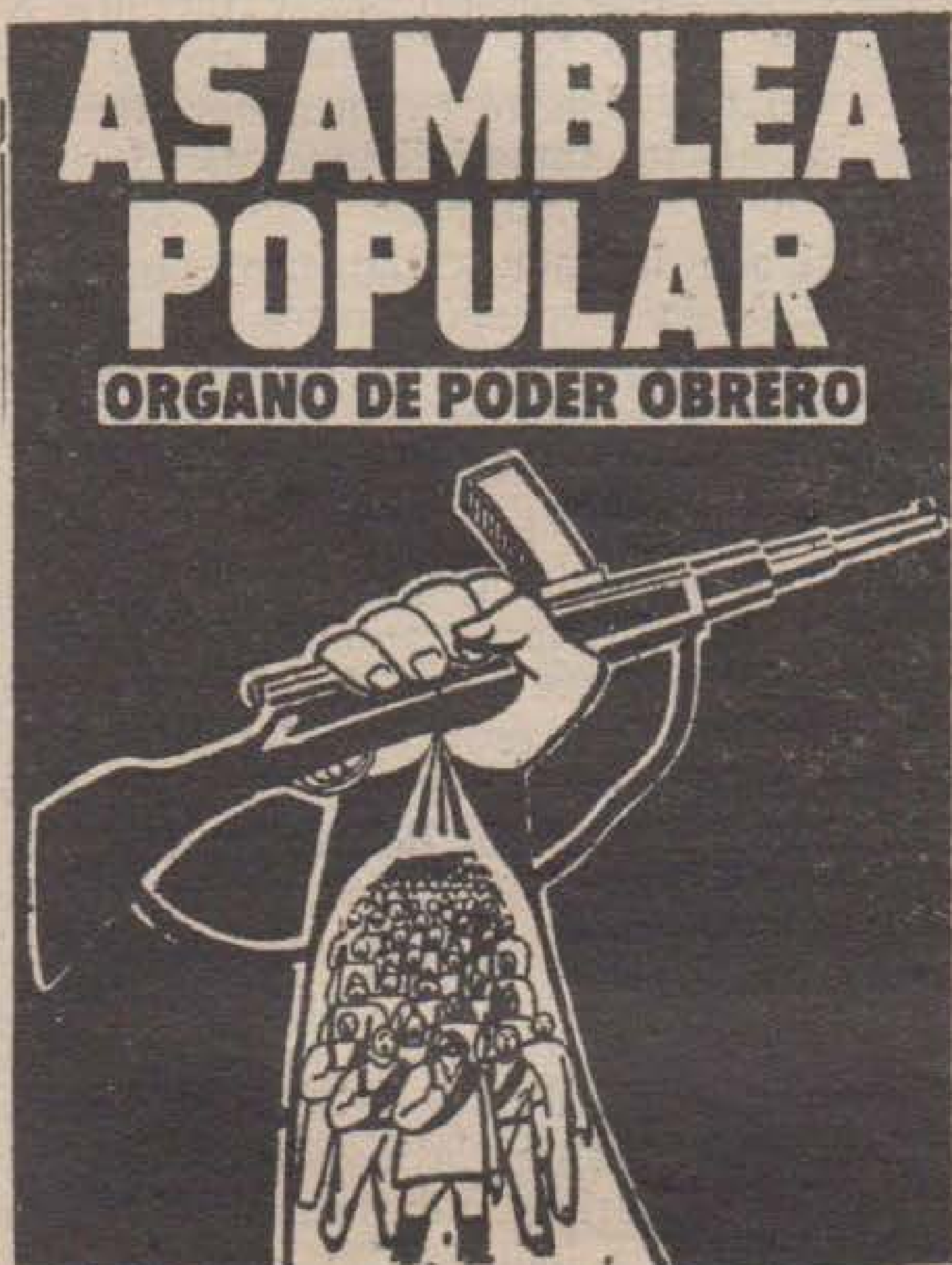
En 1824 Bernardo Monteagudo escribió su "Ensayo sobre la necesidad de una federación general entre los Estados hispanoamericanos y plan de su organización" (Ver "Obras Políticas", Bernardo Monteagudo). Sigue las líneas generales del pensamiento de Bolívar.

MARX SOBRE...

(Del frente)

La revolución encontró su cauce y fortaleza cuando esas masas rebeldes se alinearon detrás de los criollos liberales; desde este momento se consolida la fortaleza política y militar de Bolívar, que con toda claridad se refirió a este fenómeno:

"...por un suceso bien singular se ha visto que los mismos soldados libertos y esclavos que tanto contribuyeron, aunque por fuerza, al triunfo de los realistas (Boves, Monteverde, Ed.), se han vuelto al partido de los independientes, que no habían ofrecido libertad absoluta, como lo hicieron las guerrillas españolas. Los actuales defensores de la independencia son los mismos partidarios de Boves, unidos con los blancos criollos".



¡VIVA LA HUELGA GENERAL!

Comienza reconociendo que la unidad latinoamericana constituye la idea más antigua de los directores de la revolución: "Ningún designio ha sido más antiguo entre los que han dirigido los negocios públicos durante la revolución, que formar una liga general contra el común enemigo, y llenar, con la unión de todos, el vacío que encontraba cada uno en sus propios recursos". La necesidad de la unidad no podía vencer los obstáculos que se le oponían; Monteagudo se limita a señalar los de la geografía y de las comunicaciones, ignorando aquellos de carácter político-social. "Cada desgracia que sufrían nuestros ejércitos hacía sentir infructuosamente la necesidad de estar todos ligados. Pero los obstáculos eran por entonces superiores a esa misma necesidad".

Partiendo de los acuerdos bilaterales entre varios países, propugnó la ejecución de esos tratados, "y que se instale —dice textualmente— la asamblea de los Estados que han concurrido a ellos".

Monteagudo confiaba que el año 1825 se materializaría la "federación hispano-americana", destinada a "consolidar los derechos de los pueblos". La federación era concebida como la respuesta a las siguientes necesidades:

a) Concluir la independencia, "el primer interés del nuevo mundo". Se trataba de borrar todo vestigio de la dominación española "y no admitir otra alguna, son empresas que exigen y exigirán, por mucho tiempo, la acumulación de todos nuestros recursos, y la uniformidad en el impulso que se les dé". Habiendo concluido la guerra continental en Ayacucho, Monteagudo creía que España podía, en su empeño por reconquistar sus colonias en América, lograr "los auxilios de la Santa Alianza, dispuesta a prodigarlos a cualquiera que aspire a usurpar los derechos de los pueblos que son exclusivamente legítimos". El peligro era, pues, la amenaza de una contienda con la Santa Alianza y la división sólo podía convertirse en factor coadyuvante de la acción de ésta. "La fuerza de nuestros gobiernos no será ciertamente la mejor garantía contra el sistema de la Santa Alianza".

Monteagudo creía, igual que los otros caudillos de la revolución, que Gran Bretaña y los Estados Unidos obligadamente saldrían en defensa de la libertad de América: "Es verdad que el primer buque que zarpase de los puertos de Europa contra la libertad del nuevo mundo, daría la señal de alarma a todos los que forman el partido liberal en ambos hemisferios. La Gran Bretaña y los Estados Unidos tomarían el lugar que les corresponde en esta contienda universal: la opinión, esa nueva potencia que hoy preside el destino de las naciones, estrecharía su alianza con nosotros".

Al "congreso de plenipotenciarios" se le destinaba la tarea de garantizar la independencia, para lo que debía crearse "el contingente de tropas y la cantidad de subsidios que deben prestar los confederados en caso necesario". En resumen: "la asamblea hispanoamericana de que se trata, debe reunirse para terminar la guerra con la España: para consolidar la independencia, y nada menos que para hacer frente a la tremenda masa (potencial de guerra. Ed) con que nos amenaza la Santa Alianza".

b) Era interés vital del momento, según Monteagudo, lograr "la paz en el triple sentido que abraza a las naciones que no tengan parte en esta liga, a los confederados por ella, y a las mismas naciones relativamente al equilibrio de sus fuerzas". En los tres casos la Asamblea, a la que no se le quería atribuir ninguna autoridad coercitiva, a fin de garantizar la soberanía de las nuevas repúblicas, "al menos en los diez primeros años contados desde el reconocimiento de nuestra independencia", debía concentrar en sus manos "la dirección en grande de la política interior y exterior de la confederación".

La solidaridad y cooperación entre los nuevos Estados debía asegurarse por la Asamblea, a fin de atenuar y anular las tendencias estrechamente nacionalistas: "Sólo aquella misma asamblea podrá también con su influjo y empleando el ascendiente de sus augustos consejos mitigar los ímpetus del espíritu de localidad que en los primeros años será tan activo como funesto".

Según Monteagudo la consolidación de la independencia no podía darse al margen del congreso de plenipotenciarios y de la asamblea: "Los grados de respeto, de crédito y poder que se acumularán en la asamblea de nuestros plenipotenciarios formarán una solemne garantía de nuestra independencia territorial y de la paz interna".

LA CRITICA DE RENE-MORENO

G. René-Moreno en varias partes de su vasta obra histórico-bibliográfica se refiere a las ideas y escritos puestos en circulación alrededor de la unidad latinoamericana. En su obra "Bolivia y Perú. Notas históricas y bibliográficas" encontramos un largo capítulo titulado "Unión Americana" y que se refiere al tema que estamos tratando. Hasta ahora los comentaristas no han dado a este documento la verdadera importancia que tiene. Sanabria Fernández ("G. René Moreno" en "Inter-American review of Bibliography"), por ejemplo, se conforma con dedicarle una docena de líneas insustanciales. El clásico gustaba de la brevedad de lo bueno (al sintetizar lo enjundioso se lo potencia). Para consolarse alguien dirá que es preferible que lo malo sea breve.

René-Moreno entiende por "Unión Americana" la "fraternidad peculiar de las repúblicas hispano americanas" y que ha conocido las manifes-

taciones literarias y proyectos más diversos, aunque nunca pudo plasmarse en realidad.

Si la guerra de la independencia obligó a prestar mutuo apoyo, la necesidad de consolidar y defender la victoria obligó a plantearse la unidad continental: "Habíanse (los diversos países) alentado o auxiliado durante la guerra de su independencia, y nuevos peligros les movieron a fraternizar defensivamente después de la victoria". A esas finalidades respondía el proyecto de Bolívar, que buscó plasmarse en hechos en el congreso de Panamá.

"La liga federativa y la comunidad anfictiónica se han quedado de nuevo en espera de su realización", sustituidas por proyectos menos ambiciosos y por maniobras estrictamente diplomáticas. Nada diremos de los pomposos y vacuos congresos de toda laya, realizados bajo el signo de la unidad y confraternidad americanas.

Nadie puede poner en duda que el congreso de Panamá fracasó (tenemos que exceptuar a los que tienen la ocurrencia de presentar a Bolívar como a padre putativo de la ONU y otras pampinas por el estilo), pero, según René-Moreno, "la idea de la Unión Americana en sí misma no pereció. Ni podía".

La Unión Americana intentó varias veces ponerse en pie, no habiendo tardado en caer, lo que hace exclamar al papalista: "si algún lugar en el recuerdo de la posteridad ha de tener la Unión Americana de nuestros padres, de seguro no será, no, por obra de los hechos sino por eficacia de los dichos".

De la observación de la historia se saca la conclusión de que los planes unionistas fueron criaturas "del temor de Europa y también a la de América". Entre los bolivianos de su época, René-Moreno fue el primero en denunciar concisamente los afanes imperialistas, vale decir, divisionistas de los yanquis. La Unión Americana comenzó siendo lanzada como proyecto de los conductores de la revolución, como propósito de estadistas. Posteriormente, los intentos menudearon y la idea unionista ya no fue "designio de estadistas sino aspiración de la juventud y de las clases superiores".

René-Moreno conoció al Panamericanismo como una de las últimas manifestaciones de la Unión Americana, pero tuvo el suficiente talento para descubrir las verdaderas intenciones que impulsaron a los yanquis a constituirlo. A los grandes planteamientos de Bolívar y demás propugnadores de la unidad latinoamericana sucedieron el pragmatismo y chicanería mercantilista de los yanquis. "No será demás recordar que se inauguraron los trabajos de la asamblea (1889) con un espléndido y triunfal paseo, paseo de los representantes latinos a través de todas las repletas fábricas, abarrotados almacenes, rebosantes emporios industriales, etc., de la potencia anglo-sajona que hacía los honores de la casa". Bien pronto se hizo evidente que los Es-

tados Unidos crearon el Panamericanismo como simple fachada de sus planes cononialistas y que sólo podían prosperar acentuando la división latinoamericana y domesticando a los gobiernos de los diversos países. "Muy presto se cayó bien en la cuenta, que a lo que la gran república aspiraba, era, ni más ni menos, a convertirse en centro productor-surtidor de las repúblicas latinas, y a quitar estas consumidoras asíduas a los mercados manufactureros de Europa". La idea y la obra de los yanquis no era más que una burla a la unidad latinoamericana, no en vano había tenido ya lugar la vergonzosa agresión a Cuba, Puerto Rico y Filipinas. El Panamericanismo, que tan perfectamente se proyecta en la OEA, no fue otra cosa que la diplomacia de la política del "gran garrote". "En cuanto a constituir fraternidad o familiaridad política con dicha nación (Estados Unidos), puede decirse que hechos recientes, todavía más significadores, han venido a presentar el "panamericanismo" de Washington como un genuino sarcasmo de unificación equitativa y sincera". René-Moreno añade más adelante: "Lo que descaradamente se quiere es someter a naciones débiles que han sabido pelear y pelean por su santa independencia; lo que se quiere, sin miramientos de justicia, es convertir en jornaleros adscritos al suelo y en vasallos consumidores ¿a cuáles? a los mismos a quienes se estimuló a clamar, y claman, con su sangre por no ser colonos sino libres".

Si la idea de la Unión Americana está viva, volverá a aflorar para pretender defender a los países latinoamericanos de la opresión de los Estados Unidos. René-Moreno no veía más que la perspectiva planteada partiendo de la acción de los gobiernos de su época, correspondiente a una clase limitadísima en sus posibilidades de realización, por eso no creía que esta vez el proyecto fuese coronado por el éxito. "Lo cierto es que aquel fracaso del panamericanismo fue una claudicación para sus inventores, quienes no habían sabido mostrarse hermanos sino mercaderes... Ambas realidades, la pasada del destino implícito y la presente del destino manifiesto, mueven el entendimiento latino de acá a la recíproca, es decir, a pensar que en nuestras repúblicas acaso es también destino manifiesto la Unión Americana. La historia de esta última enseña, que pasado el peligro de la Santa Alianza, varias veces el pensamiento viejo de la liga federativa ha dormido y vuelto a despertar... Hasta aquí tres naciones poderosas de la tierra han tenido el privilegio de interrumpir ese sueño de confianza en el derecho: España, Francia y Estados Unidos... y todos saben que ha pesado sobre las dos primeras la sanción del escarmiento. Quedemos esperando si éste ha de caer alguna vez también sobre Estados Unidos".

CAPCIOSA INTERPRETACION DE LAS IDEAS DE BOLIVAR

Los ideólogos de las clases dominantes Latinoamericanas que se han convertido en dóciles instrumentos en manos del imperialismo, gustan hacer una capciosa interpretación de las ideas de Bolívar, a fin de servir mejor a los planes colonialistas de los Estados Unidos. Esta vez nos limitaremos a analizar el caso del diplomático boliviano Enrique Finot.

En su libro "Bolívar pacifista" (es ilógico llamar pacifista al que tan apasionadamente llevó adelante la guerra sin cuartel contra España) Finot comienza sosteniendo que el Libertador era un pionero de la idea de la solidaridad en abstracto, de "la solidaridad de las agrupaciones humanas". Como hemos visto, Bolívar planteó la unidad latinoamericana con la finalidad expresa de defender al continente emancipado de las amenazas de intervención por parte de los países europeos.

El objetivo del diplomático boliviano es presentar a Bolívar como el precursor de la Liga de las Naciones, de la Unión Panamericana, de la ONU y demás cuevas de bandidos, al decir de Lenin, ideadas por los imperialistas para preparar nuevos repartos del mundo de acuerdo a las modificaciones que sufre la correlación de fuerzas entre las metrópolis capitalistas, es decir, de preparar nuevas guerras de rapiña. La unidad de los países latinoamericanos (solamente se trataba de esto) se proyectaba como barrera que debía oponerse a la amenaza de la Santa Alianza y a sus propugnadores no se les ocurrió en momento alguno que pudiesen imponer la paz mundial, sino, contrariamente, buscaban acrecentar las fuerzas de los nuevos Estados para actuar mejor en la guerra que amenazaba.

Si se olvida las diferencias de objetivos, es fácil consolarse invocando similitudes formales entre "la unión americana" y los numerosos ensayos de poner en pie las "cuevas de bandidos": "Pero la sociedad de naciones ideada por Bolívar no debía ser, como el instituto de Ginebra, un organismo débil, desigual y, si se permite el término, antidemocrático (se trata de una "diplomática" censura a la prepotencia de las potencias imperialistas. Ed.), de escasa autoridad por la falta de sanciones o por la carencia de los medios adecuados de aplicarlas".

Después de evocar los numerosos intentos fallidos de unificar el continente y el fracaso de la Unión Americana, que nació del congreso de Lima de 1864, Finot sostiene que esa tendencia unionista de los latinoamericanos se proyecta y materializa en el congreso realizado en Washington en 1889, por iniciativa del gobierno de los Estados Unidos, que dio nacimiento a la Unión Panamericana, de tan triste memoria. Este organismo convocó a numerosas conferencias internacionales, en las que se tomaban decisiones

para tornar más viables los planes imperialistas. La Unión Panamericana no fue otra cosa que la concretación de los lacayos alrededor del amo. Esa "cueva" creada por el bandido del Norte se ha proyectado con fidelidad en la OEA.

Mucho más equivocado anda Finot cuando pretende demostrar que Bolívar pensó en la paz universal y sentó sus principios. Es cierto que habló de organismos de conciliación, colocados por encima de las limitaciones nacionales, pero lo hizo como un medio de hacer posible la alianza defensiva y también ofensiva de los Estados latinoamericanos. "La organización de la paz debe a Bolívar el aporte de buen número de principios y doctrinas cuyo verdadero origen parecen ignorar o pretenden desconocer algunos publicistas. Uno de los principios bolivarianos llamados a alcanzar gran desarrollo y a constituir una verdadera conquista entre las prácticas internacionales modernas, es el de la conciliación, sobre cuya importancia para evitar conflictos o para resolverlos no es necesario detenerse a disertar". Nuevamente se pierde nuestro autor de generalizaciones.

LA TAREA DEMOCRÁTICA... LA DESVIACION NACIONALISTA

Hemos indicado que la unidad latinoamericana constituyó en su momento una de las grandes tareas de la revolución democrática, que dentro de la realidad política del siglo XIX adquirió características de avanzado y hasta temerario planteamiento. Como tarea democrática ha quedado incumplida y esta frustración, entre otras, ha puesto de relieve la caducidad e incipiente de la burguesía nacional.

Latinoamérica es un continente compuesto de países atrasados; pero, cada uno de ellos muestra un diferente grado de atraso y de ritmo de desarrollo. Este atraso cultural —tomando el término en su acepción más amplia— se manifiesta por la supervivencia, mayor o menor, según los casos, de las formas económico-sociales precapitalistas, que impiden el desarrollo integral y la debida asimilación de las conquistas logradas por el capitalismo en escala internacional.

El marxismo sostiene que a esta altura de desintegración del sistema imperialista (plantear que esta desintegración no alcanza a los países atrasados y que éstos pueden todavía conocer un período de amplio y próspero desarrollo capitalista, sería caer en una reiteración de las peores tesis del aprismo) y estando presente en el escenario político la clase obrera con fisonomía propia, aunque atravesando diversos niveles de desarrollo de su conciencia, las tareas democráticas incumplidas (entre ellas la unidad del continente, ni duda cabe) sólo pueden ser plenamente realizadas por la clase obrera, actuando en su condición de caudillo nacional y contando con el apoyo directo y militante de la vasta

masa campesina. Mas, el proletariado no puede detenerse en el marco capitalista, emergente de las realizaciones puramente democráticas, sino que, para realizarse como clase y preparar las condiciones materiales (crecimiento suficiente de las fuerzas productivas) para su absorción en el seno de la sociedad, tiene que transformar las tareas democráticas en socialistas.

El problema de la unidad continental ha generado en el seno de la izquierda una desviación inconfundiblemente nacionalista. La llamada izquierda nacional se distingue porque plantea la posibilidad de la unidad americana como obra de los gobiernos nacionalistas (civiles o militares), lo que supone que aún puede realizarse como parte del desarrollo capitalista. Para estos señores todo está como en los primeros decenios del siglo XIX y, por tanto, la federación de los países latinoamericanos debe ser formulada de la misma manera que lo fue por Bolívar y otros caudillos liberales burgueses.

Si los gobiernos nacionalistas de contenido burgués pueden cumplir la tarea de la unidad continental, es también claro que podrán, con mayor razón, acabar en sus respectivos países la transformación democrática. Ambas realizaciones se condicionan mutuamente. Esta forma de plantear las cosas conduce al stalinismo, versión menchevique de la naturaleza de la revolución en los países atrasados, que sostiene la vigencia plena de la revolución democrático burguesa, como etapa previa de todo intento de transformación socialista. El pleno desarrollo capitalista de los países latinoamericanos, que necesariamente abarcaría todo un período histórico, pondría en evidencia de que la desintegración del imperialismo no puede ser formulada con seriedad, al menos con referencia a Latinoamérica. Se trata no sólo de una negación del marxismo, sino de la misma historia.

Cuando se admite que los movimientos burgueses o pequeños burgueses, incluyendo a los mayormente radicalizados, no pueden consumir la liberación nacional y que están condenados a detenerse en medio camino tratándose del cumplimiento de las tareas democráticas, se tiene también que admitir que orgánicamente están incapacitados para llevar a su punto culminante la unidad continental, que se ha convertido en un motivo de los discursos protocolares. La acción militante del proletariado empuja a los direcciones políticas burguesas o pequeño-burguesas, tarde o temprano, en brazos del imperialismo, pues no tienen más camino para pretender poner a salvo parte de sus intereses de clase. Hablar de la unidad latinoamericana dentro del marco burgués, como tarea propia del nacionalismo, importa marchar a la contrarrevolución encubiertos en fraseología izquierdizante. Algunos países pueden adquirir prosperidad económica y lo hacen con la ayuda y bajo la tutela del imperialismo y entonces son utilizados por éste como colaboradores de sus planes de colonización. La

experiencia histórica —y la teoría marxista que arranca de esta experiencia— enseña que los gobiernos nacionalistas concluyen convirtiendo la lucha por la emancipación nacional en proyectos de cooperación con el imperialismo. Los regímenes nacionalistas burgueses, hablen o no contra la metrópoli capitalista, no tienen capacidad ni tiempo para llevar adelante la gran tarea de la unidad continental.

LAS TAREAS DEMOCRATICAS

La presencia del proletariado como clase modifica profundamente las características y perspectivas de la revolución, que debiendo cumplir imprescindiblemente tareas democráticas se proyecta hacia el socialismo. Es la clase obrera convertida en clase gobernante la que permite que la revolución con tareas democráticas se convierta en socialista.

El que las tareas democráticas incumplidas pasen a manos del proletariado no es un hecho simple, la sustitución mecánica de los ejecutores de aquellas. No solamente se agiganta la clase obrera que se ve colocada frente a la necesidad de cumplir tareas que le son ajenas además de las suyas propias, sino que aquellas se modifican a su vez. Las tareas democráticas adquieren proyección socialista, ya no pueden quedarse como puramente democráticas, capaces de servir de cimiento a la sociedad capitalista, sino que se convertirán en peldaño de las tareas socialistas.

No sólo que ya no puede hablarse de la vigencia de la revolución democrático-burguesa, sino que las revoluciones que se operan en los países atrasados son, parte integrante de la revolución socialista mundial. Nos encontramos frente a una de las consecuencias de la integración de las zonas que no han concluido su transformación democrática a la economía capitalista mundial, que no únicamente se coloca por encima de las economías nacionales, sino que las modifica profundamente. No hay lugar para hablar de una revolución previa y democrática en los países atrasados con referencia a la revolución socialista internacional. La revolución que se inicie dentro de los límites nacionales de los países atrasados no será más que el punto inicial de la revolución socialista mundial, si permanece aislada degenerará o será derrotada.

Este mismo criterio tiene que aplicarse a la incumplida tarea democrática de la unidad latinoamericana, que ciertamente ya no es ahora una repetición mecánica del planteamiento de comienzos del siglo XIX. En su esencia y proyecciones, es ya otra consigna, aunque entre ambas puede encontrarse muchas similitudes formales.

La unidad de los países latinoamericanos, que dadas las actuales condiciones únicamente puede materializarse como una federación, no tiene como finalidad la transformación democrática (la democracia burguesa ya no tiene posibilidades

de realización) o la consolidación del capitalismo, este sentido tuvo el planteamiento de Bolívar, sino que únicamente puede servir para la construcción del socialismo.

La federación latinoamericana será obra de los estados obreros que se instauren después de la victoria de las revoluciones acaudilladas por el joven proletariado y no de los movimientos nacionalistas burgueses o pequeño-burgueses. No es ya más una simple tarea democrática, sino un paso en la construcción del socialismo. No se llegará a ella como condición previa para la revolución proletaria, sino como resultado de su victoria. Milciades Peña tenía razón cuando escribió que se trata de una consigna socialista.

Lo dicho permite comprender que la unidad del continente sólo puede darse en las actuales condiciones bajo la forma de los Estados Unidos Socialistas de América Latina.

LAS IDEAS DE TROTSKY

El sistematizador de la teoría de la revolución permanente no podía hablar de la unidad latinoamericana como tarea capitalista o de su realización en el cuadro de la conciliación con el imperialismo.

La idea de los Estados Unidos Socialistas de América Latina corresponde a León Trotsky, que la enunció por primera vez en 1934. Posteriormente, en su "Manifiesto sobre la guerra y la IV Internacional" escribió:

"Las tesis de la IV Internacional establecen: "Sur y Centro América no pueden salir de su atraso y servidumbre sino uniendo todos sus Estados en una poderosa Federación. No será la rezagada burguesía sudamericana, agencia al servicio de los imperialismos extranjeros, la que realizará esta grandiosa tarea histórica; será misión del joven proletariado sudamericano, que acaudillará a las masas oprimidas. Por eso, la consigna de la lucha contra la violencia y las intrigas del capitalismo mundial y contra las camarillas entreguistas criollas debe ser: "Los Estados Unidos Socialistas del Sur y Centro América". Escritas hace seis años, estas líneas recobran ahora una candente actualidad".

Este planteamiento se ha incorporado al arsenal de la Cuarta Internacional, que en el manifiesto de su segundo congreso (1948) volvió a consagrarlo:

"Es al joven proletariado latinoamericano al que incumbe la tarea de resolver los problemas históricos que la burguesía no ha solucionado. La revolución boliviana, las grandes huelgas de Chile y del Brasil, la ascensión del movimiento obrero en Venezuela, las recientes jornadas sangrientas de Bogotá, han probado que las masas laboriosas de América Latina, ya no están dispuestas a ser las víctimas eternas de las rapacías capitalistas. Llevando su candidatura al

(A la vuelta)

Bolivia.—

LA PERSPECTIVA DE LA REVOLUCION

por Guillermo Lora

1.—LA ASAMBLEA POPULAR

a) Organización soviética

La Asamblea Popular, la mayor adquisición de las masas, correspondió a una extrema agudización de la lucha de clases, a la radicalización y movilización de las masas y a la incorporación a la lucha de vastas capas de la nación oprimidas que debutaban en política. La nueva situación política puso en evidencia las limitaciones de las organizaciones sindicales y partidistas; el propio desarrollo político impuso la urgencia de organizar la Asamblea o de una entidad similar, se trataba de una necesidad histórica.

La Asamblea Popular nació y creció organizando, educando y dirigiendo a las masas bolivianas en su lucha, emergente de una notable radicalización. Es la amplitud de la movilización la que determinó las limitaciones e inoperancia de los sindicatos. Algo semejante ya había ocurrido con la Central Obrera Boliviana (no la primera central sindical de Bolivia, pero sí la única estructurada bajo la dirección del proletariado y que logró consolidarse y adquirir una enorme fuerza política y gremial), que está lejos de ser una estrecha entidad sindical y que ha actuado en el pasado y también ahora, como un canal de movilización de las masas en general, entre las que es notable constatar la presencia de la pequeña-burguesía. Merece explicarse por qué la COB, pese a su extrema elasticidad organizativa y a su programa, cuya línea básica arranca del célebre congreso minero de Pucallpa (1946) y culmina en la Tesis Política de la COB (1970), resultó insuficiente para englobar a las grandes capas de la población que iban ganando las calles. En sus primeros momentos la COB (1952 y después) adquirió características soviéticas e incorporó a la lucha a sectores que hasta entonces no habían tenido actividad políti-

EN ESTADOS UNIDOS...

(De la vuelta)

poder, el proletariado latino-americano se pondrá a la cabeza del movimiento nacional antiimperialista y reunirá en torno a su programa de emancipación nacional y social a la pequeña burguesía empobrecida de la ciudad y a los campesinos prestos a liberarse de los grandes terratenientes. Su vanguardia revolucionaria aprenderá a partir de toda crisis social en un país determinado, de todo conflicto entre las masas y el imperialismo, para sostener ardientemente el programa de los Estados Unidos Socialistas Soviéticos de América Latina".

ca y, sobre todo, a la mayoría campesina. Sin embargo, como consecuencia de su estrangulamiento burocrático por parte de la MNR y la rigidez organizativa en la que desembocó su historia posterior FUE CONVIRTIENDOSE en una entidad conservadora, por lo menos con referencia a su primitiva amplitud para englobar a las más amplias capas de la población. Poco a poco, fue delimitando sus funciones en el marco sindical y estratificándose. De esta manera no pudo jugar satisfactoriamente el papel de canal ideal y elástico de movilización. Con todo, hasta octubre de 1970 fueron las grandes federaciones obreras y la misma COB las que cumplieron esa finalidad. Es parte de la tradición boliviana el importante rol político que juegan las organizaciones sindicales y que encontró su máxima expresión cuando ellas acentuaron sus rasgos soviéticos. Sin embargo, casi sorpresivamente planteó la movilización de octubre, en términos perentorios, la necesidad de forjar una dirección revolucionaria y unitaria de las masas; éstas al incorporarse a la lucha habían pasado de largo ante la COB. La respuesta a estos requerimientos fue el Comando Político, que nació formalmente como el organismo político de la Central, constituyendo el antecedente inmediato de la Asamblea Popular. En el Comando Político ya se encuentran los gérmenes que más tarde se desarrollarán generosamente en la Asamblea.

La izquierda boliviana (entre la que hay que incluir obligadamente a los sectores nacionalistas) ensayó, una y otra vez, estructurar un frente que le permitiese presentarse como una seria alternativa de dirección y siempre enarbolando la bandera antiimperialista. Los fracasos de estos ensayos se deben a que la masa no respondió al esfuerzo hecho por los izquierdistas, lo que viene a demostrar, a su vez, que los explotados no se habían elevado políticamente hasta la altura de poder contribuir positivamente a la creación de este nuevo instrumento político. En octubre, se da súbitamente un salto adelante y nace, casi como consecuencia de un proceso natural, el Comando, que constituye uno de los pasos más firmes dados en el camino de la formación del frente antiimperialista políticamente dirigido por el proletariado.

Rápidamente las clases sociales que deseaban modificar profundamente el estado de cosas imperante se concentraron alrededor del Comando y, por, tanto, reconocieron en él a su única autoridad, sin que esto signifique que necesariamente hubiesen estado ya colocadas contra el gobierno. El Comando no deseaba tomar deliberadamente en sus manos la solución de los problemas más importantes; sin embargo, la dinámica misma del desarrollo de los acontecimientos determinó que formulase soluciones, aunque titubeantes, al margen del deseo y de la voluntad del gobierno y de las leyes que fueron puestas en vigencia. El gobierno reconoció en el Comando a la dirección de las masas y por eso discutió con él muchos problemas.

Estas tendencias ganaron el plano de la actualidad con motivo de la discusión acerca de las po-

sibilidades de participación de los obreros en el gabinete ministerial del Gral. Torres. No es necesario recalcar la gran importancia de este debate para la comprensión de la evolución posterior de la política boliviana. En esa oportunidad, las tendencias se vieron obligadas a colocar sobre el tapete sus verdaderas cartas.

La proposición de que el 25% de ministros correspondería al Comando fue rechazada con el argumento central de que quienes se reclaman de la clase obrera sólo pueden integrar un gobierno del proletariado. Fue posible la adopción de esta sorprendente resolución planteada por el bloque porista sólo después del aplastamiento político de la tendencias que sostenían que siendo la revolución boliviana democrática no correspondía a la clase obrera ambicionar la dirección del país. Mejorada que fue la oferta (el cupo se elevó hasta el 50% de los ministerios que debía ser llenado con miembros del Comando), ya no pudo mantenerse el rechazo; pero, se condicionó la participación a exigencias que prácticamente arrancaban a los ministros del control del Presidente y los convertían en portavoces de las decisiones que adoptase el Comando, que debían llevar mandato imperativo y ser reemplazados no bien sus mandantes les hubiesen retirado su confianza. No deja de ser sorprendente que los observadores no hubiesen podido percatarse que se trataba de una tendencia (se puede decir en estado larvario) que buscaba diferenciarse del gobierno nacionalista castrense y estructurar el gobierno propio de los trabajadores. Era ya entonces posible predecir que, de manera ineluctable, el proletariado y las masas irían separándose del gobierno Torres y pasando por encima de las tendencias nacionalistas. No era ya posible que la movilización y radicalización de las masas se tradujese en el fortalecimiento del nacionalismo y en el acrecentamiento de las ilusiones acerca de las posibilidades revolucionarias del gobierno Torres. La Tesis de la COB dijo algo definitivo al señalar las limitaciones orgánicas del nacionalismo pequeño burgués.

El ex-Ministro del Interior Gallardo ha dicho que el gobierno no aceptó la terna propuesta por el Comando para la designación de ministros porque de ella habían sido eliminadas las personalidades y sólo aparecían figuras de segundo plano. Esto demuestra que el gobierno y sus "teóricos" no alcanzaron a comprender, y acaso tampoco comprenden ahora, el verdadero sentido de las proposiciones del Comando: no cejar en el empeño de estructurar el gobierno propio de los trabajadores.

Las jornadas de enero de 1971 (respuesta de la clase obrera al anuncio gubernamental de haberse descubierto un plan golpista de la derecha del ejército) demostraron que en menos de noventa días las masas habían hecho un sorprendente aprendizaje: ya no confiaban en ninguna solución política que no fuese la de ellas mismas y deseaban imponerla, utilizando sus propios métodos. El gobierno y los periodistas de las tendencias más diversas estaban seguros que esa movilización no podría menos que desembocar en el oficialismo

(tenían presente una falsa interpretación de los acontecimientos de octubre de 1970: el supuesto de que la huelga política se hizo con el único propósito de identificarse con la tendencia militar encabezada por el Gral. Torres); como es ya conocido, las masas embravecidas pasaron de largo por el Palacio Quemado, de modo autoritario, plantearon sus propios objetivos: estructuración del gobierno obrero y del socialismo. La prensa internacional y nacional registró, sin ocultar su sorpresa, la diabólica ironía de las capas sociales que se incorporaban a la lucha y que escogieron el trágico escenario de la Plaza Murillo de La Paz para polemizar violentamente con el Presidente que sólo atinó a formular su programa nacionalista.

La profunda movilización y radicalización (que determinó el cambio de la situación política) de las masas planteó la urgencia de estructurar un organismo y un instrumento que sirviesen a las nuevas exigencias de los explotados. Esto no quiere decir que el Comando no fuese ya un frente anti-imperialista entre los partidos que se reclaman de la revolución y las organizaciones de masas; el Comando fue creado como la organización política de la Central Obrera Boliviana. Había que dar una alta expresión política y organizativa a las tendencias más profundas que se agitaban en el seno de las masas y que tendían a imprimir características socialistas al proceso revolucionario. Tales son las razones últimas que permitieron la transformación del Comando Político en Asamblea Popular. El desarrollo de la situación política comenzó fisonomizando a esta entidad, incluso cuando recién llevaba vida uterina, pues determinó que su tarea central no era otra que concentrar, educar, organizar y dirigir a las vastas capas sociales que recién se incorporaban a la lucha, partiendo de un indiscutible estado de virginidad política. Eran masas que, por lo menos en gran parte, debutaban en las luchas políticas y, sin embargo, estaban llamadas a enarbolar objetivos de elevadísima calidad política, a superar el primitivismo nacionalista y las limitaciones de los intelectuales en un país de cultura atrasadísima y que se conforman con repetir mecánicamente las consignas y generalidades que encuentran en los textos clásicos. La clase obrera colocada en estado de extrema tensión de la lucha de clases demostró su gran capacidad creadora. El propio atraso del país cobraba su venganza histórica. En períodos anteriores, movilización y radicalización eran sinónimos de fortalecimiento de gobiernos y movimientos extraños a los trabajadores; innstintivamente marchaban a subvertir el estado de cosas imperante, pero concluían abandonándose en manos de sus propios enemigos de clase. No habían madurado suficientemente para ser capaces de realizarse como clase y menos para imponer, utilizando sus propios métodos y siguiendo los canales abiertos por ellos mismos, sus finalidades históricas, que son consecuencia no de su extrema miseria sino del lugar que ocupan en el proceso de la producción (el populismo es, en definitiva, una actitud contrarrevolucionaria, en la medida en

que disuelve la conciencia proletaria en la amorfosa masa mayoritaria del "pueblo" y pugna por convertir en eje político a los sectores más empobrecidos).

Fue preciso vivir la experiencia de octubre de 1970 a enero de 1971 para comprender debidamente cómo el proletariado fue convirtiéndose, siguiendo una línea contradictoria, llena de avances y retrocesos, en caudillo nacional, lo que supone que no solamente arrastró detrás de sí a las otras clases sociales, sino que tomó en sus manos los problemas nacionales. Ese proletariado, enseñoreándose sobre toda la nación oprimida, emergiendo arrogante y autoritario desde la más negra profundidad de la explotación y opresión, tenía necesariamente, para poder libertarse y libertar a las otras clases oprimidas, que crear los adecuados instrumentos y las organizaciones que comprendiesen a sus más amplias capas, a aquellas que hasta entonces vivían en un estado de postración. Es ese proletariado, son esas masas las que arrancan de sus entrañas la Asamblea Popular, esto porque se vieron obligados a hacerlo al haber sido convocados ante esa necesidad, era una tarea histórica porque sólo por este camino podía elevarse a un alto nivel la lucha revolucionaria y materializar sus objetivos más preciados. Pero aun en estas circunstancias, es la vanguardia politizada la que expresa coherentemente las tendencias de las masas.

Sería erróneo decir que la transformación del Comando Político en Asamblea se produce mecánicamente como consecuencia del cambio de actitud de las masas; contrariamente, sigue el camino de la apasionada lucha política, que es expresión de los progresos operados en la conciencia de la clase. Si hubiera estado ausente el Partido Obrero Revolucionario (su historia se confunde con la historia misma de la clase obrera) con seguridad que el nacimiento de la Asamblea Popular hubiese recorrido un camino diferente, esta organización seguramente habría adquirido otras manifestaciones formales. Se llega hasta la Asamblea a través de la imposición de determinadas tendencias políticas en un ambiente de pugnas y tensiones muy agudas. Es la experiencia la que desmiente la absurda tesis, tan cara a los nacionalistas y renegados del marxismo, en sentido de que la opresión imperialista sobre toda la nación anula, o por lo menos disminuye, la lucha de clases y obliga al proletariado a no enarbolar sus propias consignas de clase para no asustar a los sectores burgueses o pequeño-burgueses. La lucha de clases es acentuada por la presencia del imperialismo, esto porque la liberación nacional sólo puede consumarla el proletariado convertido en clase políticamente dirigente y puede llegar a convertirse en tal sólo después de arrancar a las masas del control de los partidos de las otras clases sociales. Cuando la pugna se libra en el marco político se puede decir que la lucha de clases ha alcanzado su más alto nivel.

b) Características

Por haber respondido a la necesidad de englobar a las amplias capas de los explotados y coordinar sus movimientos por haberse convertido en la máxima autoridad para éstos (importaba que, de manera consciente o no, comenzaban a desconocer al gobierno, a colocarse al margen del ordenamiento jurídico, que reemplazaban a la autoridad "legal" por otra designada por ellas) la asamblea adquirió, desde el primer momento, características de soviets.

Los trabajadores exigen, de una manera natural, que su autoridad, convertida en su único portavoz, no solamente discuta sus problemas y sus demandas (muchas de ellas insignificantes y que naturalmente podían encajar perfectamente en la actividad sindical), sino que las resuelva, que haga cumplir sus decisiones. La fusión de la actividad deliberativa con la ejecutiva en un solo organismo está en la esencia de los soviets. Cuando una organización popular deviene la única autoridad para las masas, son éstas las que le imponen, desde abajo, que se comporte como tal, vale decir, que ejecute sus decisiones. Para las masas esto quiere decir que son ellas las que imponen su voluntad. No pocas veces los partidos políticos, obedeciendo a consideraciones extrañas a las masas que todavía no habían alcanzado determinado grado de movilización y de politización, pretendieron imponer, como consecuencia de una decisión de sus direcciones, la constitución de soviets. El más sabio de los comités "comunistas" no puede reemplazar el proceso de formación de la clase con un decreto burocrático. En estas condiciones, la orden extremista sobre constitución de los soviets concluye en un fiasco.

El gobierno central o "constitucional" puede ver convertidas en realidad sus decisiones porque tiene la posibilidad de utilizar para ello la fuerza compulsiva que concentra en sus manos. La fuerza de las masas no radica en el aparato estatal, sino en sus propias organizaciones, en su presencia en el escenario político, en que pueden utilizar la acción directa (solución de sus problemas por sí mismas y sin consultar la opinión o intereses del gobierno). Algunos "marxistas", esclerosados por el esquematismo mecanicista, toman la imagen del Estado burgués como un chaleco de fuerza que debe colocarse a las masas subvertidas. Para estas gentes solo un ejército "popular" puede permitir que las organizaciones de masas actúen como autoridad, y éstas sólo a través de aquel podrían expresar su voluntad. ¿Y el poderío de las organizaciones de masas y su tendencia a resolver los problemas por sí mismas? Los destacamentos de combate, militarmente organizados, no son más que una expresión de la acción directa. El desarrollo de las actividades soviéticas y la propia movilización de masas plantean a éstas, con imperiosa urgencia, su armamento y la organiza-

ción de sus propios grupos de combate. La solución de estos problemas (los mencionamos porque ahora se acostumbra a sostener que serán solucionados como consecuencia de actividades exteriores a la clase) será la respuesta que den los explotados y no otra cosa.

La Asamblea Popular constituye la más grande adquisición del movimiento revolucionario y la más soberbia lección dada por el proletariado boliviano a sus hermanos de Latinoamérica. Su mayor importancia radica en que plasmó la estrategia revolucionaria de nuestra época y demostró su viabilidad, su posibilidad de arrastrar al grueso de las masas.

El balance de la Asamblea nos lleva al convencimiento de que importa un retorno a los objetivos y métodos de lucha del bolchevismo, si se quiere, a la tradición revolucionaria, esto cuando los extremistas de nuevo cuño se ufanan de haber descubierto nuevos senderos para la revolución y la construcción partidista.

La Asamblea-soviet planteó la dualidad de poderes desde el momento mismo de su existencia, decimos esto porque, aunque sin proclamarlo de manera expresa, sus actos importaron un desconocimiento de la autoridad central y porque al adoptar sus resoluciones, que no podían menos que referirse a las necesidades emergentes de la lucha diaria de los explotados, necesariamente violentaban la voluntad de las autoridades y planteaban, así, la fricción con ellas. La dualidad de poderes no puede extenderse indefinidamente, tarde o temprano tendrá que resolverse mediante la victoria de la nación oprimida y la estructuración del gobierno obrero o bien a través de la derrota del movimiento revolucionario y la victoria de la reacción. No es necesario añadir que el 21 de agosto de 1971 la dualidad de poderes fue solucionada por la victoria temporal del gorilismo fascista.

La dualidad de poderes es el camino que recorre toda verdadera revolución social. El proletariado explotado y oprimido, que no posee los medios de producción, ni los recursos culturales y menos el instinto de mando, al incorporarse y marchar hacia su liberación no tiene más remedio que crear sus propios órganos de poder (se trata de todo un proceso y por esto resulta arbitrario hablar sentenciosamente de órganos de poder en germen o plenamente desarrollados, pues éstos son conceptos muy relativos), que, a medida que se acentúa la movilización de las masas y se afianzan sus organizaciones nacidas en la lucha, van arrancando más y más las funciones y atributos propios del poder central. Por lo menos en Latinoamérica, se suponía que ya no era éste el camino que iban a recorrer las revoluciones, sino el de la sustitución de la acción de las masas y de sus organizaciones por el heroísmo de los pequeños grupos de elegidos y perfectamente adiestrados desde el punto de vista militar.

¿Cuáles son los métodos de la revolución inclusive en los países atrasados? Hasta poco antes de la experiencia de la Asamblea Popular era corriente escuchar de labios de presuntos marxistas que las modificaciones de la situación política, de la estructura y funciones de las clases sociales, se habían traducido en la imposición de nuevos métodos de lucha, sepultando todo lo que es tradicional al respecto. La Asamblea nos obliga a actualizar esa tradición. El soviet boliviano declaró que sus métodos de lucha eran los métodos propios de la revolución proletaria, en cuya base se encuentran la movilización de masas y la acción directa. Estos métodos pueden adquirir las expresiones formales más diversas, cuya actualidad y preeminencia dependen de las condiciones políticas dadas en cierto momento.

La Asamblea Popular fue la concreción, conforme lo dicen sus Estatutos, del frente único antiimperialista dirigido por el proletariado. La hegemonía de esta clase, una de las consecuencias más remarcables de toda la historia y evolución del movimiento de masas, se expresó no sólo a través del preponderante peso numérico de los delegados de las organizaciones de asalariados (60% del total), sino porque la estrategia y programa de la Asamblea fueron aquellos que corresponden a la clase obrera. Debe recordarse que la Asamblea adoptó como su programa la Tesis Política aprobada por el cuarto congreso de la COB; las bases constitutivas de aquella permanecen dentro de la línea y perspectivas del programa cobista, vale decir, de la teoría de la revolución permanente. Si estos antecedentes hubiesen sido tomados en cuenta con toda honestidad, muchas de las críticas dirigidas a la Asamblea seguramente no hubieran sido dichas. Intentemos sintetizar en pocas líneas el programa al cual nos estamos refiriendo:

Aunque seguimos viviendo el ciclo nacionalista, esta posición, que puede presentarse como antiimperialista y progresista, ha caducado definitivamente como estrategia revolucionaria. Los gobiernos nacionalistas pequeño-burgueses, sean civiles o castrenses, no tienen posibilidades de realizar plenamente las tareas democráticas, lo que no supone negar que las formulen e inclusive inicien su ejecución (inexorablemente concluirán deteniéndose en medio camino, estrangulando el propio proceso democrático y pactando con el imperialismo, como consecuencia del miedo al empuje del proletariado, de verse políticamente sobrepasados y de perder sus privilegios clasistas). Para que el proceso democrático no quede estrangulado es preciso que su dirección política pase a manos del proletariado, que éste se convierta en caudillo nacional y que en calidad de tal, contando con el apoyo directo de los campesinos y de las capas más amplias y empobrecidas de la clase media de las ciudades, tome el poder y desde él realice plenamente las tareas democráticas y las convierta en socialis-

tas. Habrá, pues, una sola revolución dirigida por la clase obrera y que cumplirá, dentro de un único proceso, tanto las tareas democráticas como las socialistas.

Los soviets rusos de 1905 y 1917, el recuerdo de ellos es inevitable en este caso, no tuvieron, por lo menos en sus primeras etapas, la misma claridad política y en su seno fue preciso librar una descomunal batalla para permitir que el partido revolucionario de la clase obrera cobrara preeminencia. La alta politización del proletariado boliviano, la particularidad de que fue estructurándose, a lo largo de decenios, alrededor de claras ideas políticas, la virtual inexistencia en el país de poderosos partidos obreros tradicionales, permitió que la Asamblea naciera con un programa político elaborado y que representa un avance en todos los aspectos con referencia a los titubeos políticos y doctrinales en el pasado.

Se ha dicho con sospechosa insistencia que la Asamblea Popular importó nada menos que una minimización de las corrientes políticas, una virtual sustitución del partido revolucionario por una amplia organización popular. Este planteamiento peca de parcial e insubstancial. El problema debe plantearse de una otra manera.

La naturaleza de las representaciones, el hecho de que los delegados fueran elegidos democráticamente por las bases, está demostrando que las tendencias políticas se expresaron a plenitud por estos canales; no hubo desvirtuación de la estrategia y de la táctica del partido revolucionario.

Los partidos que se vieron arrinconados y engrillados en su acción y propaganda fueron los partidos extraños a la clase obrera, aquellos que pretenden imponerle ciertos métodos de lucha e inclusive una particular concepción de la revolución misma. Contrariamente, el partido del proletariado se vio tonificado por las batallas exitosas que libró contra los aventureros de toda laya. En la medida en que se acentuó la lucha de clases, que se afirmó la estrategia del proletariado y éste logró convertirse en clase dirigente, en caudillo nacional, es claro que el partido revolucionario se afirmó poderosamente. Para dirigir la revolución era urgente conquistar el control político de la Asamblea, que resultó el insustituible escenario de afirmación partidista.

Lo expresado más arriba no importa una actitud sectaria o la proclamación de que deliberadamente se marchó al rompimiento del frente único antiimperialista. Este frente sirve únicamente en la medida en que la clase obrera se convierte en su dirigente y eso es lo que ocurrió en el seno de la Asamblea Popular.

Las agrupaciones políticas pequeño-burguesas, incluyendo a los aventureros del guerrillerismo en todas sus variantes, tienen la pretensión de imponer a las masas, desde el exterior, un esquema de revolución social y que se reduce a sostener que no es propiamente un proceso interno de los explotados, sino la obra de una

élite que se afana por lograr la cooperación de los desposeídos. Contrariamente, la Asamblea tuvo el acierto de orientarse en sentido de que la revolución sólo puede concebirse como un proceso propio e interno de las masas, que necesariamente recorre el camino tortuoso de la lucha de clases, que únicamente puede partir de la lucha por las necesidades inmediatas y perentorias de las masas.

Ahora es fácil comprender por qué la Asamblea Popular aprobó, después de ásperas polémicas, la participación obrera mayoritaria en Comibol, no como un paso que buscara deliberadamente el convertir a los dirigentes obreros en buenos administradores, sino como una consigna transitoria que podía movilizar a las masas, partiendo de su situación concreta, hacia la lucha por el poder. Se dijo con toda claridad en la Asamblea que antes de esperar que esa participación pudiera materializarse los obreros se verían obligados a tomar el poder político.

La participación obrera mayoritaria en Comibol debe entenderse dentro de la perspectiva de la participación obrera en las empresas nacionalizadas formulada por Trotsky para los países atrasados.

Desde el punto de vista del esfuerzo hecho para que sea la clase como tal la que tome en sus manos esa participación, la proposición constituía un paso adelante con referencia al control obrero individual, burocratizado y políticamente controlado que estableció el MNR en 1952 y que él mismo, bajo presión imperialista, canceló un poco más tarde. No sólo estaba en discusión la urgencia de que sean los trabajadores en mayoría los que sometan a su voluntad la administración de Comibol, sino que las organizaciones creadas para ejercitarla debían estar directamente sometidas a la vigilancia de la asamblea sindical, partiendo de las decisiones que adoptasen los obreros organizados en los lugares mismos de trabajo.

Todo lo anterior tendría una significación meramente circunstancial, si la consigna no hubiese sido calibrada para servir de puente de movilización de la mayoría nacional, partiendo de las exigencias más perentorias y del estado de ánimo imperantes en ese momento, hacia la conquista del poder político, extremo que se formuló con toda claridad en el seno mismo de la Asamblea. La resolución aprobada al respecto no decía pedir al gobierno el establecimiento de tal o cual tipo de participación de los trabajadores en las industrias nacionalizadas más importantes, cosa que ya anteriormente lo hizo aquel a su modo y respondiendo a sus exigencias propias, sino movilizar a todo el país para imponer la participación obrera mayoritaria. En efecto, la consigna inmediatamente se transformó en el centro neurálgico de las discusiones y actividad políticas y la Federación de Mineros destacó a sus miembros hasta los centros de trabajo para analizar en asambleas el proyecto de participación.

De esta manera real se venía operando la movilización de masas de que estamos hablando.

En lugar de proclamar directamente la insurrección armada y la caída instantánea del gobierno Torres, la Asamblea marchó parsimoniosamente, como dijeron algunos comentaristas de prensa, deteniéndose en cuestiones que la desesperación pequeño-burguesa clasificó como pequeñas y distraccionistas (¡cómo si las masas no se incorporasen realmente al proceso revolucionario, pasando por el camino de la superación de esas cuestiones secundarias y poco espectaculares!), ese fue su método de trabajo y que ya está denunciando que marchaba al compás de la radicalización de las masas y de su efectiva movilización. Es dentro de esta perspectiva que discute y resuelve, de modo autoritario y al margen y contra el ordenamiento jurídico imperante, la cuestión de las universidades, que en Bolivia constituye un agudo problema, dada la extrema pobreza del país, el elevado índice de analfabetismo, la dispersión extrema de las casas superiores de estudio y el manifiesto despilfarrero que hacen de los recursos materiales y humanos. No es ciertamente una cuestión estrictamente estudiantil o técnico-pedagógica e interesa, más bien, a la mayoría nacional. La respuesta dada tiene poco que ver con las soluciones exclusivamente técnicas y el proletariado expresó su voluntad de reestructurar las universidades, creando una sola en todo el país (se dijo que las escuelas se ubicarían geográficamente conforme a las particularidades regionales y sus necesidades) bajo la dirección política de la clase obrera. Lo que se deseaba era convertir al movimiento universitario en un aspecto de la política revolucionaria del proletariado. Si los estudiantes habían reconocido el liderazgo de los trabajadores e hicieron suyo el programa de la Central Obrera Boliviana, no existía razón alguna para que aquellos invocasen la autonomía de la universidad con relación a la clase obrera; esta autonomía seguía siendo y es progresista (en cierto momento su defensa se convierte en el punto de arranque del movimiento revolucionario) con referencia al Estado gorila y porque puede canalizar a los estudiantes e inclusive a las masas en la lucha contra la opresión imperialista y el mismo gobierno.

2. El Frente Revolucionario Anti-Imperialista

a) Razones para su existencia

Parece que ya nadie discute que el gorilismo se movilizó y marchó contra la clase obrera, fundamentalmente; contra su máxima obra: la Asamblea Popular, considerada, desde su inicio, como la mayor amenaza para la estabilidad del régimen de la propiedad privada y la "civilización cristiana occidental"; contra el públicamente planificado asalto popular a Comibol, etc. Los ataques al "comunismo" de Torres eran más

pretexto que expresiones de una lucha real. El gobierno gorila no se cansa de repetir que el mayor delito de los obreros es haber participado en la Asamblea.

Las masas profundamente movilizadas por la Asamblea Popular, persiguiendo un objetivo político claramente establecido por esta organización, marchaban aceleradamente hacia la insurrección y sabíamos que en el momento preciso de la toma física del poder la política del proletariado se proyectaría a través de métodos inconfundiblemente militares. Era pues parte de la misma movilización la urgencia de preparar materialmente a las masas y a su vanguardia para esa emergencia. Las direcciones políticas y la misma Asamblea estaban al tanto de los trajines conspirativos de la ultra derecha militar y tenían presente para sus trabajos cotidianos el mes de septiembre (es entonces que debía instalarse el segundo período de sesiones de la Asamblea) como fecha fijada por los golpistas para llevar a cabo el asalto del poder. Que la rebelión hubiese estallado (en respuesta a medidas de seguridad tomadas por el gobierno) el 19 de agosto, fisonomizó al golpe fascista como sorpresivo y preventivo; preventivo para evitar que el proletariado convertido en gobierno acabase con el régimen de la propiedad privada. El que hubiese caído como golpe sorpresivo sobre el país que se proyectaba tensamente hacia la nueva reunión de la Asamblea, tuvo la inmediata consecuencia de cortar en seco el proceso que se desarrollaba. La superficialidad de no pocos izquierdistas y los intereses mezquinos de la derecha han coincidido en considerar los sucesos del 21 de agosto y el éxito militar como la victoria del ejército sobre el pueblo insurreccionado. Lo que los gorilas y ultras soñaron como definitivo aplastamiento no pasó de ser más que momentáneo y obligado repliegue de las fuerzas revolucionarias básicas.

La noticia del amotinamiento de las guarniciones militares periféricas planteó de inmediato dos cosas: las dificultades para el cumplimiento de la resolución adoptada por la Asamblea en sentido de que el golpe fascista debía ser respondido con la declaratoria de la huelga general e, igualmente, la urgencia de movilizar a los sectores populares, comprendidas algunas capas proletarias, en condiciones materiales por demás penosas.

La movilización más importante, ignorada por los periodistas y que permitía descubrir el sentido en que efectivamente se movían las masas, fue la de los mineros del distrito de Oruro (desde Siglo XX y sus alrededores hasta los centros de trabajo ubicados en las proximidades de la capital altiplánica). Se pusieron prestamente en pie de combate aproximadamente diez mil mineros portando un stock no considerable de cargas de dinamita y casi nada de armas de fuego. Estaba en la calle la vanguardia de la clase, con la voluntad de vencer, pero completamente desarmada, sin los medios materiales para efec-

tivizar su idea central. Aplastar físicamente al gorilismo fascista, su enemigo número uno en ese momento. Es explicable que esa sorprendente movilización hubiese concluido en pequeñas escaramuzas y en un retroceso táctico. No es que la clase o su partido hubiesen capitulado sin combatir, sino simplemente que se replegaron en espera de mejores condiciones para librar la batalla definitiva. No se trata del desbande de los efectivos o de su desorganización como consecuencia de la pérdida de la moral, sino de la convicción de que es preciso concentrar las fuerzas mientras esté el fusil al alcance de la mano.

En las ciudades, como en La Paz, por ejemplo, el grueso de los combatientes estuvo formado por las capas estudiantiles y grupos obreros minoritarios. Pero tampoco en este caso se produjeron enfrentamientos frontales entre el ejército (que casi en su integridad se concentró en el bando contrario a Torres, determinando así la fácil victoria de los golpistas) y las masas, sino choques ocasionales, mientras ambos contendientes esperaban que la verdadera solución del impasse se dé en el Gran Cuartel General, que resultó inexpugnable debido a la defección de las unidades que en un comienzo apoyaban al general Torres.

El 21 de agosto, de igual forma que ahora, había una sola forma de eliminar el peligro fascista: la toma del poder por el proletariado. Mas, esto no supone que esa toma pueda darse en cualquier momento y no importa en qué circunstancias. El 21 de agosto nos enseña en qué condiciones no es posible la victoria y ni siquiera el desencadenamiento de la insurrección.

No se trata de una mera cuestión semántica, sino de un problema de enorme importancia política, cuando se formulan las tesis del aplastamiento sangriento de las masas (que solamente ha existido en la mente afiebrada de los ultras) y del retroceso táctico de la columna vertebral del proletariado. Nosotros, inmediatamente diseñamos la táctica de la paciente concentración y movilización de las masas. Los ultras, aunque no lo hayan dicho, confiaban no en las masas sino en el heroísmo catalizador del foquismo.

De lo dicho no puede deducirse que en Bolivia no se produjo un cambio político o que las masas no sufrieron impacto alguno. No se exagera ni se deforman los hechos cuando se concluye que el 21 de agosto tuvo lugar una derrota limitada de las masas, limitada por su repliegue oportuno, pero el cambio de la situación las desorganizó en cierta manera, les hizo perder muchas posiciones y les obligó a plantearse reivindicaciones sumamente limitadas. El profundo cambio de la situación política ha obligado a modificar la táctica y los objetivos inmediatos. La nueva situación obliga a introducir profundas modificaciones en las formas organizativas que adquiere la lucha de las masas y de los partidos revolucionarios.

No pocos "teóricos" quedan completamente aturridos al observar esta nueva realidad. Parten del esquema de que la clase obrera sigue una línea uniforme y siempre en ascenso hasta llegar al poder, no alcanzan a comprender que el curso de la lucha de clases está lleno de altibajos, de avances y retrocesos. El profundo cambio operado en la situación política ha rectificado brutalmente a nuestros izquierdistas: la oposición al gobierno (eso que llamamos resistencia pasiva) se está expresando a través de la lucha alrededor de consignas mínimas, democráticas y de contenido sindical. A los "radicales" esto se les antoja una verdadera capitulación y un cobarde abandono de posiciones que ya fueron conquistadas por las masas. De enero a agosto de 1971 se luchó y se movilizó a los explotados alrededor de la bandera del socialismo; se insiste que debe continuarse en esa línea: seguir lanzando la consigna del gobierno obrero y del socialismo para ser conquistados de inmediato. No se trataría de buscar consignas limitadamente democráticas, sino de poner más énfasis en la proclamación del socialismo como meta del momento. La experiencia ha demostrado que las masas no se movilizan detrás de abstracciones sino de consignas que son la respuesta a sus necesidades más punzantes.

No se puede jugar tan irresponsablemente con las consignas; éstas deben corresponder ajustadamente a la situación política imperante en cierto momento. Está demás decir que las voces de orden que sirvieron en ciertas circunstancias resultan inoperantes en otras.

Los hechos están demostrando, de manera indiscutible, que las masas no se movilizan, en las actuales condiciones, por las reivindicaciones socialistas abstractas, sino alrededor de motivaciones democráticas y pequeñas formulaciones que tradicionalmente han sido catalogadas como sindicales. En los últimos meses fue mucho más importante centrar la campaña de agitación y de organización alrededor de la defensa de las garantías democráticas, de la Constitución Política del Estado, de la autonomía universitaria, del respeto a la persona de los presos políticos, de la lucha por su inmediata liberación, de la inmovilidad de los trabajadores, del respeto irrestricto al fuero sindical, del mejoramiento de las condiciones de vida y trabajo, etc., que la proclamación puramente verbal de las bondades del régimen socialista. Los primeros planteamientos han permitido el fortalecimiento sindical y una profunda movilización de las masas y así, por este camino, se volverá a plantear la urgencia de formular las consignas socialistas, esto en un futuro próximo.

La acusación en sentido de que el Partido Obrero Revolucionario y los que siguen su línea de partir de la lucha por las reivindicaciones inmediatas, se hubiesen convertido en reformistas, empeñados en lograr la implantación del socialismo por medio de la imposición de parches

en el vetusto edificio social, carece de seriedad. No hemos sostenido que la lucha deba detenerse en el planteamiento de las consignas democráticas; lo que se ha dicho es que éstas pueden permitir a la clase ponerse de pie, a vincularlas con las reivindicaciones clasistas, de manera que la movilización de las masas pueda permitir que la lucha por el socialismo se plantee en el futuro inmediato. Los hechos han justificado nuestro planteamiento y han vuelto a desmentir al ultrismo golphista.

Después de agosto de 1971 se formuló acertadamente la continuación de la línea estratégica de la Asamblea Popular y el mantenimiento de la hegemonía política del proletariado en el frente destinado a luchar por la liberación nacional (todo el proceso político y las luchas callejeras demostraron la vigencia y perennidad de ambos aspectos estratégicos); bien pronto se comprendió que ya no era posible, como ocurrió durante el funcionamiento de la Asamblea, traducir en cifras esa influencia política decisiva. Superando la discusión, la realidad diaria impuso una profunda modificación estructural a la organización que encarnaba esa estrategia. Los políticos interesados se apresuraron en señalar que entre la Asamblea y su nueva versión no había absolutamente nada en común. Algo más, se lanzó la especie de que el Frente Revolucionario Antimperialista (con este nombre nació la nueva dirección que precisaba el pueblo boliviano en las condiciones políticas concretas del momento), la nueva piel dentro de la cual se vio obligada a meterse la estrategia revolucionaria del proletariado, era nada menos que la negación misma de la Asamblea. La ignorancia y la mala fe se fusionaron en la alegre acusación de que el Frente Revolucionario Anti-imperialista deliberadamente marginaba al proletariado de su dirección.

Después de los acontecimientos del 21 de agosto se planteó ante los revolucionarios y la clase obrera la necesidad de darse organizaciones adecuadas para la lucha contra el gorilismo en condiciones de clandestinidad. Ese requerimiento justificó y obligó el nacimiento del Frente Revolucionario Anti-imperialista, conformado por el bloque político formado por los partidos de izquierda y por las organizaciones de masas.

Por ahí se dice que el FRA no es más que la versión boliviana del frente popular, del compromiso político entre la burguesía y el proletariado, en homenaje a la negación de la lucha de clases. En general, no puede menos que partirse de las profundas diferencias existentes entre las burguesías de las metrópolis y de los países sojuzgados por el imperialismo. Más, en el caso boliviano la burguesía no está en el FRA (ningún sector movimientista ha solicitado su ingreso) y hasta elementos uniformados que se dicen fuertemente nacionalistas lo han abandonado.

b) Características

Cuando se habla de continuidad entre la Asam-

blea y el Frente Revolucionario Antiimperialista no se quiere decir que este último fuese un soviét o cosa parecida, desde el momento en que su funcionamiento como un organismo formado por cientos de delegados directamente elegidos por las masas resultaba inconcebible. Sin embargo, se trata de direcciones de las clases oprimidas por el imperialismo, que adoptan diferentes formas como consecuencia de las modificaciones de la situación política; de dos frentes anti-imperialistas dirigidos por la clase obrera, con el mismo programa, aunque de diversa estructura organizativa; de dos manifestaciones del bloque de las direcciones políticas con las organizaciones de masas. La continuidad no es organizativa, sino política, estratégica, que es lo que en definitiva cuenta. De lo que se trata es de continuar y proyectar lo esencial de la Asamblea y no de repetir artificialmente sus contornos formales (el esquematismo aconseja incurrir en este error). En el último período el Frente Anti-imperialista se dio de dos maneras: como una amplísima organización de masas, abierta a todas las tendencias, y como una dirección política restricta, pero umbilicalmente ligada a las clases moritarias. Lo más importante no es saber cómo se vincula la dirección con las bases, sino en qué medida expresa la posibilidad de convertir al proletariado en clase dirigente de toda la nación oprimida, de qué manera conjunciona los intereses clasistas con los nacionales.

En su momento la Asamblea fue una organización irremplazable como instrumento de las masas que marchaban firme y decididamente hacia el poder; el Frente Revolucionario Anti-imperialista ha sido concebido como el instrumento que puede funcionar para poder poner en pie de combate a los explotados, para convencerlos que existe para ellos una dirección idónea y revolucionaria. Pero, estos dos instrumentos, que funcionan de manera particular, no son más que expresiones de una estrategia única, de una finalidad inconfundible y que es propia del proletariado actuando en un país atrasado en el que las clases oprimidas sólo pueden liberarse liberando a la nación toda.

El Frente Revolucionario Anti-imperialista comprende a toda la gama de la izquierda boliviana, desde las tendencias que en alguna forma entroncan en el nacionalismo, cuyo ciclo se inicia en 1952 y que está muy lejos de haberse cerrado, hasta las más radicales y los partidos formados a través del sucesivo fraccionamiento del tronco marxista. Por primera vez en una organización de este tipo es visible la presencia del ELN, que debutó como francamente foquista y que actualmente continúa debatiéndose en el marco del guerrillerismo, del Partido Socialista, que viene evolucionando desde posiciones semiderechistas hacia el marxismo, y de los militares antigorilas, organizados en las llamadas Fuerzas Armadas Revolucionarias, que engloban a los oficiales, suboficiales, clases y soldados del ejército y de ca-

rabineros. No existían razones para marginar anticipadamente y por principio a las tendencias nacionalistas del seno del FRA, lo único que puede plantearse es la subordinación de éstas a la estrategia proletaria y a una dirección que sea la consecuencia política de esta línea. A las sectas movimientistas no les interesa esta perspectiva y prefieren la aventura golpista.

No hay exageración alguna cuando se sostiene que el FRA ya nació en las jornadas del 21 de agosto de 1971, hecho que viene a confirmar el carácter limitado de la derrota. Es cierto que el frente llevó corta vida larvaria hasta el momento mismo en que se proclama abiertamente en dirección política de las mayorías nacionales, desafiando así al totalitarismo fascista y enfureciendo al aparato represivo puesto en marcha.

La concentración de las tendencias más diversas en el seno del FRA plantea el problema de su dirección como una cuestión de primerísima importancia. Es cierto que la línea política del proletariado se encuentra presente en el seno del Frente Revolucionario Anti-imperialista por medio de los documentos constitutivos y porque parte —según expresa declaración— de la Tesis Política de la Central Obrera Boliviana y de la experiencia de la Asamblea Popular; claro que no es suficiente la aprobación de un buen programa para estar seguro que un frente no sufrirá oscilaciones peligrosas hacia la derecha o el golpismo, que no capitulará ante el imperialismo o que no concluirá en aventuras. Si se diese el caso de que el Frente Revolucionario Anti-imperialista caiga en manos de una dirección extraña a la clase obrera (esa dirección sería el nacionalismo anti-imperialista de contenido burgués o el foquismo aventurero), su programa sería desvirtuado por la acción diaria contraria a la estrategia del proletariado. La única forma de garantizar la hegemonía de la clase obrera dentro del FRA (se define como frente anti-imperialista revolucionario, es decir, tomoneado por los trabajadores) consiste en que se garantice una dirección que exprese adecuadamente la estrategia de aquella clase. El predominio numérico de las agrupaciones nacionalistas o guerrilleras en las cumbres dirigentes (expresiones de la pequeña burguesía radicalizada) obligaría al FRA a apartarse de los objetivos proletarios. Con todo esto queremos significar que debe cuidarse celosamente que las decisiones políticas queden en manos de los partidos que en sus programas expresan los intereses históricos de la clase obrera. En este período de la lucha revolucionaria los intereses clasistas se confunden con los nacionales o mejor, éstos intereses sólo pueden ser adecuadamente expresados por el proletariado. Por mucha amplitud que se observe en materia de nuevas afiliaciones se tiene que luchar francamente para que la participación nacionalista y pequeño-burguesa sea sólo minoritaria en la dirección del FRA. Como se ve, el problema de la dirección adquiere caracteres decisivos.

Esa amplia unidad que es el Frente Revolucionario Anti-imperialista aparece sorprendente para el observador por dos razones: 1, se trata de un frente de tendencias revolucionarias dominado por los marxistas de diverso tinte (entre éstas nadie sostiene la posibilidad de la pacífica transformación de la sociedad en la que vivimos, o por lo menos no la exponen de manera abierta) y 2, se da alrededor de ideas claramente establecidas sobre la finalidad estratégica y los métodos de lucha. Suficiente recordar estos antecedentes para comprender su gran significación histórica. Por lo menos en el país es la primera experiencia acabada de este tipo.

Es notable el método que se ha seguido para lograr la materialización del Frente Revolucionario Anti-imperialista y es ciertamente opuesto al que hasta ahora se ha empleado en los trabajos frentistas. Generalmente se procede partiendo del ocultamiento de las diferencias principistas y todo se limita a subrayar las circunstanciales coincidencias de objetivos momentáneos, casi siempre puramente tácticos. La experiencia enseña que estos frentes son básicamente efímeros y frágiles, que en alguna manera expresan la poca evolución política general del país, de sus masas y, consiguientemente, de sus partidos políticos. Estos frentes, cimentados en las hipócritas declaraciones unitarias, comienzan por exigir de sus integrantes la renuncia al derecho a la menor crítica mutua y concluyen pulverizados no bien se hace públicas las discrepancias ideológicas y políticas. La defensa intransigente del derecho a la crítica del pensamiento y conducta de los ocasionales aliados es fundamental para los revolucionarios, porque constituye un recurso que les permite educar a las masas, por medio del desenmascaramiento de sus falsas direcciones. El partido de la clase obrera no puede renunciar a su ambición legítima de ganar para su programa a la mayoría de la clase y sólo puede hacerlo si demuestra que los otros partidos se quiebran o claudican en la lucha antiimperialista.

El método seguido para la estructuración del FRA ha permitido a la clase obrera imponer su línea política.

El Frente Revolucionario Anti-imperialista para constituirse ha seguido un camino diverso: se ha procedido a la previa y cuidadosa delimitación de posiciones, de las diferencias políticas e ideológicas de los partidos interesados en integrarse en él. Partiendo de esta encarnizada y radical discusión ha sido posible elaborar una estrategia y métodos de lucha únicos que deben ser aplicados de manera conjunta, vale decir, de manera unitaria bajo la dirección de la clase obrera. Consciente o inconscientemente se ha seguido el consejo de Lenin: para unirnos debemos reviamente delimitarnos, saber lo que somos y cuáles son nuestras verdaderas divergencias. En estas condiciones queda a salvo la mutua crítica entre las organizaciones que conforman el FRA, crítica áspera por momentos, que tiene lugar todos los

días dentro de los organismos del frente y fuera de él.

El Frente Revolucionario Anti-imperialista no es la unidad en abstracto, sino la unidad concreta para dirigir a las mayorías nacionales en su lucha a muerte contra el gorilismo fascista; es la unidad para la conquista del poder. Esas son sus declaraciones. El pueblo de Bolivia ha alcanzado un alto nivel de conciencia revolucionaria (este es el punto de arranque del frente) que le permite la lucha por el socialismo, lo que no supone que se enarbole esta finalidad bajo cualquier circunstancia, se trata de una finalidad estratégica. Es oportuno recordar que la Asamblea Popular se definía así misma como órgano de poder de las masas y del proletariado, cuyo objetivo central era la de conquistar el poder político y construir el socialismo. Es fácil concluir que estratégicamente la Asamblea se proyecta en el FRA, que no es, ciertamente, un frente ocasional, sino un frente para tomar el poder y abrir la perspectiva socialista. Por su misma naturaleza el FRA tendrá, en cierto momento, que dar paso al surgimiento de los órganos de poder de las masas que se incorporan a la lucha. La existencia de la Asamblea, tanto como del FRA, importa la más elevada madurez política de las masas y particularmente del proletariado.

Ni duda cabe que el FRA tiene como objetivo inmediato la lucha contra la dictadura castrense y la sañuda persecución a la que tiene sometida al pueblo boliviano. Se levanta contra el fascismo de los gorilas y señala una salida revolucionaria a la situación política. No se plantea como tarea realizar la oposición por la oposición, actitud que, como enseña la historia trágica de Bolivia, puede concluir coadyuvando los trajines golpistas de las camarillas formadas alrededor del mismo poder, sino que se fija, con meridiana claridad, el tipo de gobierno que debe instaurarse como consecuencia de la victoria de la lucha frentista: gobierno dirigido por el proletariado. Como enseña el marxismo, no se trata del hecho simple de tomar el aparato estatal (eso es lo que buscan los golpistas), sino de transformarlo para que sirva de instrumento en la tarea de construcción del socialismo. De la misma manera que el FRA lucha sistemáticamente contra la permanente amenaza golpista, que puede destruirlo internamente, se opone a la burocratización del movimiento y a la forzada incubación de caudillos. No postula únicamente el gobierno obrero, sino que establece que ese gobierno debe ejercerse colectivamente, descartando todo privilegio y las tendencias a la perpetuación en las funciones de gobierno. Esta actitud, sorprendente para no pocos que desearían ver solucionados todos los problemas con la providencial aparición de algún general osado, es consecuencia del mismo programa frentista, en cuya base se encuentran la controvertida Tesis Política aprobada por el Cuarto Congreso de la Central Obrera Boliviana y las Bases Constitutivas de la misma Asamblea.

En el FRA están conjuncionados los partidos de izquierda y las grandes organizaciones de masas (sindicales, campesinas, estudiantiles, populares, etc.) La izquierda boliviana ha sacado las conclusiones políticas del palpitante desarrollo de los acontecimientos, ha asimilado debidamente la certidumbre de que la revolución social será hecha por las masas y por nadie más. Sería absurdo, por no decir utópico, plantear la posibilidad de una revolución puramente proletaria o socialista, en la que la clase obrera puede darse el lujo de marchar solo contra la mayoría nacional. La viga maestra de la estrategia revolucionaria no es otra que la alianza obrero-campesina, lo que quiere decir que la clase obrera arrastre detrás de sí a la mayoría nacional, incluida la pequeña burguesía ciudadana.

La izquierda boliviana se ha dividido y subdividido en numerosas oportunidades alrededor de las disputas y discrepancias sobre los métodos de lucha que es preciso emplear en el proceso revolucionario, discusión que lleva implícita la concepción partidista acerca de la mecánica de clases, en la que se manifiesta una de las particularidades del país.

En Bolivia, las tendencias políticas que sostienen la posibilidad del tránsito pacífico del capitalismo al socialismo no han tenido el suficiente valor para formular su Tesis en forma franca y sistemática, lo que debe atribuirse a la poderosa presión sobre él de las masas en un país radicalizado en extremo. Lo que hacen es tratar de desvirtuar o atenuar los métodos que parten de la acción directa.

La discusión se ha centrado alrededor del foquismo, que en cierto momento pretendió presentarse como sustituto del partido político y que ahora sigue la azarosa línea de búsqueda de contacto con el pueblo y la lucha insurreccional de las masas. Estas posiciones se presentaron a cierta altura del debate como irreductibles en su oposición, lo que correspondía exactamente a la realidad. El debate teórico, por sí solo, no tenía posibilidades de obligar a los foquistas a ultranza, especie de la que todavía hay ejemplares, a modificar sus posiciones y a someterse a la dirección de la clase revolucionaria, lo que es diferente al reconocimiento lírico de la hegemonía política del proletariado en el proceso de transformación. El choque de las concepciones foquistas con la terca realidad y los catastróficos descalabros que ha motivado, han obligado a la tácita revisión de aquellos y han forzado a buscar afanosamente la forma de plasmar un movimiento referido a las masas.

La gran madurez política del proceso revolucionario boliviano se mide por el hecho de que la izquierda concentrada en el Frente Revolucionario Anti-imperialista logra formular un planteamiento unitario sobre los métodos a emplearse en la revolución. Esta unidad es una de las grandes virtudes del Frente, porque permite dedicarse cuidadosa y pacientemente a los trabajos prepa-

ratorios de la insurrección, sin correr el riesgo de un aborto del proceso o de reducirlo a la pos-tración en medio de la inoperancia. Nunca será suficiente puntualizar que la extrema izquierda se ha sometido, por instantes a regañadientes, a los métodos propios de la revolución proletaria.

La dirección proletaria del FRA obliga a considerar que sus métodos de lucha son los métodos de la revolución proletaria (movilización y acción directa) y que la forma que adquieran éstos depende de las modificaciones que sufra la situación política. Se puede decir que todo lo adoptado al respecto puede resumirse así: toda acción que contribuya a aproximar a las masas a la insurrección es buena y aquellas que las aparta de esta finalidad son repudiabiles.

El antecedente del frente único anti-imperialista, es decir, de lo que estamos haciendo ahora, se encuentra en los primeros congresos de la Internacional Comunista. Los bolcheviques no pudieron ignorar que las masas de los países atrasados comienzan a ser movilizadas por la burguesía nacional y tras falsas banderas anti-imperialistas, entre esas masas que se encuentran de tránsito por caminos extraviados se encuentra la clase obrera. Se trata de descubrir los medios que permitan arrancar a los partidos nacionalistas su control sobre los sectores explotados mayoritarios, de convertir al proletariado en caudillo nacional, consiguientemente, de fortalecer a la vanguardia revolucionaria. El frente anti-imperialista constituye el marco adecuado para el cumplimiento de estas tareas. Estamos seguros de las limitaciones del nacionalismo de contenido burgués y de que, tarde o temprano, tiene que capitular ante el enemigo foráneo y aliarse con él para pretender aplastar al proletariado nativo y buscar vanamente salvar sus intereses. La Internacional Comunista lanzó la consigna del frente único de la clase obrera para los países altamente desarrollados, a fin de lograr la emancipación de los trabajadores de sus direcciones tradicionales y así ayudarles a hacerse comunistas. Con la misma finalidad fue delineado el frente anti-imperialista como propio de los países atrasados. Los bolcheviques sabían perfectamente que las metrópolis y las colonias y semicolonias eran dos realidades diferentes.

Por ahí se sostiene que el frente anti-imperialista no sería más que una ampliación del frente único proletario, o que aquel llegaría a estructurarse partiendo de este último. Esta es una otra forma de ignorancia de lo que son los países atrasados y que soportan la opresión imperialista.

Las acciones comunes de contenido político de los partidos obreros de los países atrasados se realizan dentro de la perspectiva de la lucha anti-imperialista, no adquieren el nivel del frente único proletario. Este último frente en los países atrasados deja de ser político para transformarse en meramente sindical, en proyección de la naturaleza de los sindicatos: forma elemental

del frente clasista. El frente único proletario se limita a proclamar la unidad de la dirección sindical (generalmente se lucha por una central nacional única). El frente único anti-imperialista considerado como ampliación del frente clasista limita la lucha política al cuadro sindical.

El frente anti-imperialista es consigna de otra naturaleza y corresponde a una realidad diferente, a la de los países atrasados. Es la respuesta marxista a la existencia real de grandes movimientos populares dirigidos por la burguesía o por su sucedánea pequeño-burguesa. Se trata de un frente político de los sectores sociales que están interesados en la lucha contra la opresión imperialista. La unidad sindical lo que hace es fortalecer las posiciones del proletariado dentro del frente anti-imperialista y nada más; se puede añadir que la unidad clasista ayuda a la clase obrera a convertirse en caudillo nacional, desde el momento que acentúa la independencia de clase frente a las direcciones políticas que le son extrañas. La unidad sindical no alcanza a ser un estricto frente único proletario porque no se fija una estrategia para la acción a largo plazo. Lejos de confundir el frente único proletario con el anti-imperialista, lo que hay que hacer es diferenciarlos con toda claridad. Finalmente, el frente anti-imperialista es una consigna irremplazable en la lucha revolucionaria que se libra en los países rezagados, a condición de que esté políticamente dirigido por el proletariado.

La formulación limitada del frente único clasista en los países atrasados es una consigna sectaria, porque contribuye a aislar al proletariado de las otras clases oprimidas por el imperialismo y en esta medida impide que esta clase social llegue al poder, que pueda convertirse en caudillo nacional. En cierta manera, el intento de confundir este frente con el anti-imperialista refleja las posiciones de quienes progonan para los países atrasados la revolución socialista químicamente pura e ignoran la agudeza del problema nacional.

3. NUEVO ASCENSO DE MASAS

a) De la resistencia pasiva a la activa

La clase obrera no derrotada resistió, como ya se ha indicado, al desgobierno fascista de manera sorda y pasiva y esto desde el primer momento. A veces se atrevió a exteriorizar su descontento, a través de reclamaciones sobre cuestiones demasiado concretas y relacionadas con su forma de vida cotidiana y de trabajo: salarios, pulpería, modalidades de contrato, repulsa al maltrato dispensado por los capataces y jefes. Con machacona insistencia formuló planteamientos que buscaban poner a salvo el fuero sindical, la vigencia de las centrales obreras, el libre funcionamiento de los sindicatos. La exigencia del respeto a los salarios, al derecho al trabajo marchó paralela a la defensa de las garantías democrá-

ticas primarias y a la batalla en pro de la libertad de los detenidos políticos y sindicales.

Inmediatamente después de las trágicas jornadas del 21 de agosto de 1971 la táctica revolucionaria, como acertadamente indicaron el FRA y el Partido Obrero Revolucionario, no podía ser otra que la de coordinar los brotes aislados, a veces esporádicos, de resistencia pasiva al gorilismo, para así darles un alto contenido político y masivo. Se trataba de un proceso molecular en el interior de las masas, perceptible sólo para los militantes que actuaban en su seno y que marchaban revestidos de la necesaria paciencia. Para la ultra no existía este fenómeno y buscaban reemplazar la indiferencia de los explotados con la propaganda de los hechos, con las acciones heroicas capaces de despertar a los más regazados. La desesperación pequeño-burguesa encontró motivos para quedar satisfecha en su vanidad. Estas dos líneas bien pronto se reflejaron en el seno del FRA y su choque explica muchas de sus vicisitudes.

El descontento obrero y popular crecía paulatina y casi imperceptiblemente, hasta el momento en que fue decretada la devaluación monetaria (27 de octubre de 1972), por presiones de los organismos del imperialismo. La devaluación, de la misma manera que en 1956, buscaba solucionar el malestar económico (el Ministro de Finanzas ha indicado que en esa fecha el Banco Central no disponía de un solo dólar) disminuyendo los salarios reales. El mecanismo es simple y conocido: las compensaciones quedan muy por debajo del aumento del precio de las mercancías. Inmediatamente explotó el rechazo popular. La gota de agua desbordó el vaso. Los obreros, los estudiantes, los empleados ganaron las calles para protestar contra la política económica del gobierno y la defensa del pedazo de pan adquirió inconfundibles contornos políticos. En los grandes mítines obreros y populares (recuérdese lo sucedido en Siglo XX, Huanuni, etc.) se expresó públicamente la decisión de luchar hasta el derrocamiento del desgobierno fascista, masacrador y entregado en cuerpo y alma al imperialismo.

Una huelga, una explosión de violencia de grupos de obreros o campesinos no significan por sí mismas una modificación de la situación política, pues pueden ser consecuencia de la desesperación. Los explotados tienen que apoderarse de las calles y permanecer como tales y la violencia deben corresponder a un movimiento generalizado. Eso es lo que ha ocurrido en las jornadas de noviembre-diciembre de 1972, un año después del golpe fascista. No nos engañemos: esta irrupción ha mostrado el lado negativo de la falta de unidad en las formulaciones. Se pagará muy caro la existencia de varios pliegos de peticiones de compensación de remuneraciones, no sólo porque las soluciones propuestas son distintas sino porque le permite al gobierno discutir, pelear y hasta derrotar por separado a cada sec-

tor laboral. Debe ponerse todo el empeño posible para superar este lamentable estado de cosas.

b) La nueva situación política

Hablamos de que se ha operado un profundo cambio de la situación política porque la actitud de las masas es radicalmente diferente a la que tenían inmediatamente después del 21 de agosto de 1971: pasividad, duda y temor. La respuesta a la devaluación monetaria ha permitido que se opere un salto cualitativo en la conciencia de la clase: se ha recobrado la confianza en las propias fuerzas y organizaciones y se le ha perdido el miedo al fascismo. Cuando las masas ganaron las calles y menudearon las huelgas, todo el aparato represivo se puso en actividad, buscando amedrentar y hacer retroceder a los trabajadores. Las cosas se desarrollaron de otro modo: la represión fue respondida con la firmeza, los obreros obligaron a las autoridades a liberar a sus compañeros que habían sido tomados presos. Estas importantes concesiones se dieron por primera vez. Sin embargo, hay todavía dirigentes en la clandestinidad.

Nuevamente la poderosa presión de las masas obligó a las direcciones sindicales (de manera normal siempre colocadas más a la derecha que las bases) a radicalizarse, a actuar como portavoces del antigubernamentalismo. Muchos de ellos tienen una tortuosa historia y últimamente se vieron comprometidos en maniobras de aproximación al oficialismo. El "radicalismo" de estos traficantes es puramente circunstancial y a veces sólo verbal, durará el mismo tiempo que dure la presión de las masas. El Partido acertadamente ha dicho a los trabajadores que acentúen su vigilancia sobre la conducta y movimientos de los dirigentes sindicales.

La provocación terrorista puede resultar fatal a este proceso de incorporación de las masas a la lucha. Desgraciadamente existen indicios de que el foquismo pretende reincorporarse aprovechando el clima de tensión creado por el movimiento de masas. El problema del momento no se presta a malentendidos: hay que preparar las condiciones materiales que permitan el futuro enfrentamiento de las masas con el fascismo en óptimas condiciones; hay que consolidar la unidad de los explotados (dotarles de una capaz dirección política-sindical única). Una aventura terrorista o foquista le vendría al gorilismo como anillo al dedo: justificaría el descabezamiento de la dirección laborales, la masacre y le permitiría soldar las fisuras internas que le debilitan actualmente en extremo. El terrorismo urbano o rural no destruirá al fascismo, lo más que puede hacer es convertirse en instrumento en manos del gobierno que está vivamente preocupado por el ascenso masivo de los explotados y que pone en serio riesgo su estabilidad. Advertimos que las explosiones foquistas se apartan del camino revolucionario señalado por el proletariado.

y conduce a la pequeña burguesía a la contrarrevolución. Vivienda un período inconfundible de ascenso de las masas, se convierte en un deber elemental desenmascarar a los putchistas que con su irresponsabilidad pueden hacer abortar el proceso que estamos viviendo.

c) ¿A dónde vamos?

La correlación de fuerzas se ha tornado favorable para la clase obrera, sobre todo porque el ejército se encuentra escindido entre los diversos grupos golpistas que ansían el control total del aparato estatal y porque el sostén civil (FPN) del gobierno se hunde en la impopularidad y en medio de sus insalvables contradicciones internas. El grupo de Banzer y de otros militares han vuelto a su empeño de convertir a la burocracia del sindicalismo campesino en una fuerza exclusivamente controlada por ellos.

No es que el gorilismo no quiera masacrar y contener el ascenso de las masas por la violencia, como tantas veces han expresado los altos personeros del gobierno, lo que ocurre es que en las actuales condiciones no puede ejecutar su máspreciado sueño. Como dijimos, inmediatamente después del 21 de agosto de 1971, sólo una poderosa movilización masiva puede contrarrestar exitosamente el monstruoso aparato represivo montado por el fascismo. Sólo el levantamiento de todo el país es capaz de anular el crimen político, instituido como método de gobierno. Contrariamente, la ultraizquierda sostuvo la tesis de que las condiciones de clandestinidad sólo podían permitir el funcionamiento de pequeños grupos cerrados de conspiradores debidamente preparados militarmente (de manera curiosa, los foquistas llaman trabajo militar a las actividades partidistas típicamente clandestinas). Los acontecimientos de noviembre-diciembre de 1971 han vuelto a demostrar la inviabilidad de los métodos foquistas.

Sería absurdo concluir que todas las garantías democráticas ya han sido conquistadas, cuando en este terreno apenas se están dando los primeros pasos. La movilización se profundizará, precisamente, alrededor de la lucha por mejores salarios y el retorno a la plenitud de la vigencia de la Constitución y las leyes. En este aspecto, la menor de las conquistas cobra significación. Tiene que llegar al momento en que se acabe con los estados de sitio, con los apresamientos arbitrarios y la Central Obrera pueda funcionar libre y regularmente.

El movimiento revolucionario sufre las presiones del propio régimen imperante y de las tendencias que se agitan y conspiran en su seno. Estas presiones tienden a deformarlo, a sacarlo de su curso normal. Cediendo a esta realidad se va configurando en el seno de la izquierda una desviación derechista, que busca abandonarse en brazos de algún general golpista que se presente con una fisonomía democratizante o socializante. Antes de la total victoria del movimiento obrero, seguramente tendremos que pasar por la expe-

riencia de un golpe castrense apoyado en ciertos grupos civiles, que hablará de apertura democrática y de imposición del modelo peruano. Cierta jefe castrense ha convocado, entre sus múltiples preparativos putchistas, a una especie de concurso de proyectos revolucionarios a políticos de las tendencias más diversas. La desviación derechista en el seno de la izquierda sostiene que el camino más corto para llegar al socialismo consiste, precisamente, en apuntalar a un gobierno militar nacionalista y democratizante. La independencia del proletariado constituye el requisito indispensable para su victoria y esa independencia no puede concebirse al margen de la estrategia clasista. El proletariado independiente postula un determinado tipo de revolución y de gobierno y esa independencia se pierde cuando acaba apuntalando a un determinado régimen nacionalista timoneado por los partidos de otras clases sociales. La desviación derechista y el foquismo constituyen por ahora los mayores peligros para el porvenir del movimiento de masas.

El FRA, expresión del frente antimperialista revolucionario, se agota como dirección clandestina y será el poderoso ascenso de masas el que determine que sea reemplazado por la Asamblea Popular o cualquier otra organización de tipo soviético. Las masas revolucionarias volverán a actualizar la adquisición más valiosa de su pasado inmediato. La radicalización y movilización de los explotados requiere una dirección unitaria y ésta se dará en la medida en que se fortalezca la vanguardia revolucionaria del proletariado, el Partido Obrero Revolucionario, que resume la conciencia de clase elaborada en todo este proceso.

La liberación nacional, ese es el objetivo que se busca en la lucha antimperialista, es sólo un aspecto de las tareas que se plantea la revolución dirigida por la clase obrera.

En el proceso boliviano no hay ya lugar para gobiernos populares, democráticos y antimperialistas, como variantes de la "dictadura democrática de obreros y campesinos", sino que la evolución política en su integridad nos conduce a la dictadura del proletariado, importando sólo relativamente las formas gubernamentales previas que se den en este camino.

Los trotskistas trabajamos lealmente por el fortalecimiento del FRA, por considerar que así aseguramos el retorno de las organizaciones soviéticas de masas y la clave del éxito de todo este trabajo radica en el fortalecimiento del POR, en la consolidación de sus vinculaciones con las masas y en el fortalecimiento de su ideología y de su programa. La victoria del proceso revolucionario que se desarrolla ante nosotros es nada menos que la victoria de nuestra línea política y da mayor vitalidad a nuestra sacrificada militancia diaria. Desde la clandestinidad hemos sabido señalar el camino revolucionario y también dirigir las diversas acciones de las masas explotadas. Constituimos la dirección política capaz de conducir a los explotados a la victoria.